

El CONQUISTADOR del MUNDO
por el PROFESOR HASLEY
Colección LUCHADORES DEL ESPACIO



Profesor HASLEY

EL CONQUISTADOR DEL MUNDO

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

EL CONQUISTADOR DEL MUNDO

printed in spain
DepÓsito legal V-539—1959.
EDITORIAL VALENCIANA—VALENCIA



CAPÍTULO PRIMERO

U

na enorme pantalla cubría por completo la pared del fondo de la gran habitación, donde una difusa luz violeta iluminaba sus paredes de plomo y grafito.

Los hombres se movían en silencio y las órdenes se repetían grave y serenamente.

Un hombre de unos treinta y ocho años, de mandíbula cuadrada, negros y brillantes ojos y pelo revuelto sobre la frente, manejaba con calma los múltiples dispositivos de un complicado cuadro de mandos que tenía ante sí.

A su lado estaba otro hombre de la misma edad aproximadamente, hercúlea constitución y ojos azules y burlones.

El primero de aquellos dos seres se llamaba Dave Rodney y era el jefe del Servicio de Protección de los Estados Unidos.

—Dame la conexión con el dispositivo de tiro, Lester—dijo Dave a su segundo.

El hombre de la fuerte musculatura apretó un pequeño botón y pronunció unas palabras ante el micrófono que tenía a la altura de su boca.

—«Posición Radión» llama a «Mensajero de Hierro.» Contesten.

—«Mensajero de Hierro» a la escucha—replicó una voz por el altavoz.

Dave abandonó el manejo de los aparatos y se dirigió al micrófono.

—Habla Dave. Conecten la televisión.

Al tiempo que decía esto, pulsaba un conmutador y una pequeña pantalla se iluminaba con luz verdosa ante sus ojos.

El rostro inteligente de un anciano de pelo blanco quedó recortado en la pequeña pantalla.

—Me alegro de verle, profesor Carneggie —saludó Dave con una sonrisa.

—Lo mismo me sucede a mí, Dave—respondió el rostro apacible que se recortaba sobre la superficie de la pantalla—. Hace más de dos meses que no nos reunimos y estrechamos la mano. ¡Al menos es un consuelo verle a través de la televisión!

Dave sonrió amargamente y no contestó nada.

—¿Está todo dispuesto?—preguntó el profesor.

—Sí. Podremos seguir la trayectoria de los proyectiles perfectamente.

El profesor guardó silencio durante unos segundos y en sus facciones se reflejó toda la amargura que experimentaba su corazón.

—No tiene mucha confianza, ¿verdad, profesor?

Carneggie clavó sus ojos en los de Dave y movió la cabeza lentamente.

—Acierta usted, Dave. En realidad no tengo ninguna confianza.

—¿ A pesar de la nueva protección de los proyectiles ?

—A pesar de ello—respondió el profesor.

—No creo que tardemos mucho en dar con el procedimiento para conseguir que nuestros proyectiles consigan llegar a su objetivo.

Carneggie volvió a mover la cabeza en gesto de duda.

—Es inútil que nos engañemos, Dave. La única posibilidad sería anular la barrera de neutrones que envuelve el territorio de nuestros enemigos.

Dave sabía bien a qué se refería el profesor y no hizo más alusiones a la cuestión. Desde hacía seis meses se enfrentaban con

aquel problema y la solución aún parecía estar muy lejos. ¿Pero tendrían bastante tiempo para encontrarla?

—De todos modos haremos una nueva prueba, ¿no es así?

—Desde luego. Las defensas exteriores, de los proyectiles han sido modificadas. Veremos qué sucede.

—¿Está ya listo el dispositivo de tiro?

—Sí. Esperábamos que usted nos comunicase que se encontraba dispuesto a seguir su trayectoria.

—Pues ya lo estoy.

En aquel momento entró en la habitación una hermosa mujer de pelo rubio y grandes ojos de color verde-esmeralda. Tendría unos veintitrés años, y tanto su rostro como la silueta de su cuerpo eran extraordinariamente atractivos.

—¿Cómo se encuentra, Grey?—preguntó el profesor al ver avanzar a la muchacha.

La joven sonrió e hizo un gracioso mohín.

—Estoy bien, aunque un poco cansada de vivir en esta guarida subterránea.

—Malos tiempos los que nos han tocado en suerte—dijo el profesor.

—¿Querías, algo, Grey?—preguntó Dave.

—El general Ellington acaba de comunicar que viene hacia aquí para presenciar en la pantalla la trayectoria de los nuevos proyectiles.

Dave lanzó una mirada interrogante al profesor y éste asintió con la cabeza.

—Esperaremos a que llegue el general—aceptó Carneggie—. Lo he visto hace dos horas y está a punto de volverse loco, de tanto pensar en la manera de salir de esta horrible situación.

—Acabaremos volviéndonos locos—admitió Dave.

—Voy a cortar la comunicación para hacerme cargo del dispositivo de tiro. Cuando estén ustedes dispuestos no tienen más que dar la señal luminosa.

—De acuerdo, profesor.

La luz tembló durante una fracción de segundo en la pantalla y la cara del profesor Carneggie, coordinador científico de la guerra, se borró inmediatamente.

Dave, acompañado por la hermosa muchacha, se dirigió de nuevo hacia el cuadro de mandos que abandonara unos minutos, antes.

—No pareces estar muy satisfecho—dijo Grey.

—¿Cómo quieres que lo esté?—respondió el hombre—. ¿Nos ha sucedido nada agradable en los últimos seis meses? Estamos amenazados de una destrucción total y apenas si podemos hacer nada por evitarlo. Ese diabólico Yablonoi Khan dispone de medios como nosotros no podemos soñar.

—Desde hace seis meses casi no piensas en otra cosa que en ese Yablonoi Khan. ¡Por lo visto absorbe tus pensamientos por completo!

Las últimas palabras de la joven habían sido dichas con cierto tono de enojo que no pasó inadvertido a Dave.

Se detuvo y dio media vuelta para quedar frente a frente a la muchacha.

Una suave sonrisa apareció en sus labios.

—¿No irás a tener celos de nuestro feroz enemigo ?

Grey miró al hombre y bajó los ojos.

—¡Apenas si te fijas en mí! ¡Somos los novios más extraños del mundo!

Dave lanzó una pequeña carcajada al aire. —Tú sabes que eres lo que más amo en este mundo—dijo enlazándola por el talle.

—¡Pero el amor no sólo vive de esperanzas!—reprochó dulcemente la mujer.

—¿De qué nos servirá nuestro amor si Yablonoi Khan consigue su propósito de dominar el mundo?

—¡Si hubiese tardado recinto y es

tallar este conflicto - i0S tres Personajes que lo

—Te prometo

ocasión que

Grey iba1

de Dave

—Eso

segundo

— '

Dave

_ ***Falta ½ pagina***

momento de su peculiar manera de hacer la guerra.

Los dos amantes rompieron su abrazo y un suave arrebol tiñó las mejillas de Grey.

—¡Eres un condenado metomentodo!—exclamó Dave.

—Si queréis podemos dejar la guerra para otra ocasión—insistió Lester sarcásticamente—. ¡Oh, el amor!

—En vez de corazón tienes una máquina de T - Lester—sonrió Grey.

Lester—. Y si no calculo os van a acabar con

nal agüero— 'e mandos.

Dave.

irnos la todos

ter.

*** Falta ½ pagina ***

—Yo pienso lo mismo—admitió Dave.

No tuvieron que esperar más de diez minutos la llegada del general.

Ellington no era tan viejo como pretendía Lester en sus comentarios ni hacía gala del mal genio que éste le atribuía. Era un hombre de cincuenta y cinco años, de mediana estatura y mirada penetrante.

Como jefe Supremo para la Defensa, tenía sobre los, hombros la máxima responsabilidad de aquella guerra, en la cual se jugaba el destino de todo el mundo.

Con paso marcial atravesó el recinto y estrechó la mano de los tres personajes que lo esperaban junto a la inmensa pantalla.

—¿"Está todo a punto, Dave?

—Sí, mi general—respondió el aludido—. Hace unos minutos he comunicado con el profesor Carneggie y el dispositivo de disparo está ya listo.

—Comunique mi llegada y comencemos cuanto antes.

Grey se acercó al aparato emisor.

—Bastará con la señal luminosa—dijo Dave,

La muchacha pulsó un botón y un segundo más tarde se encendía una pequeña luz verde en el tablero emisor.

—Dan la señal de advertidos—dijo Grey.

—Conecta la pantalla para toda la zona, Lester—ordenó Dave a su amigo.

Lester bajó una pequeña palanca. Se extinguieron las luces de la habitación y la pantalla quedó brillantemente, iluminada por una fosforescente luz verde.

Dave reguló un botón giratorio, alrededor del cual había una banda circular graduada, y sobre la pantalla apareció dibujado un planisferio terrestre.

—Veremos si esta vez alcanzamos nuestros objetivos—murmuró el general, fijando sus ojos en la pantalla luminiscente.

Dave no respondió nada aunque estaba convencido de que no iban a conseguirlo.

—Están dando la señal de disparo—comunicó Grey—. La luz roja se ha encendido.

—Envíales nuestra señal de preparados.

Grey pulsó un botón tres veces y la señal roja se extinguió. Aquello significaba que comenzaba el disparo.

Los cuatro personajes principales, rodeados por un grupo de colaboradores secundarios, se reunieron en torno a la gran pantalla y casi contuvieron su respiración.

—En este momento salen los proyectiles teledirigidos—murmuró Dave.

De un lugar del perfil de la costa del Pacífico de los Estados Unidos, surgieron media docena de puntos luminosos que describieron una larga parábola sobre el océano.

Los puntos luminosos avanzaban lentamente, en la pantalla, aunque su velocidad real era de muchos cientos de kilómetros por segundo.

En perfecta formación, como una bandada de aves de acero, los poderosos proyectiles atómicos cruzaban sobre el océano Pacífico, dirigiendo su proa hacia el interior de Asia.

Veinte segundos más tarde se encontraban a la altura de las islas Kuriles y Lester no pudo evitar una exclamación de entusiasmada esperanza.

—¡Han atravesado el meridiano ciento sesenta! ¡Hasta ahora nunca habíamos conseguido llevar tan lejos nuestros proyectiles!

—¿Supondrá eso que la nueva cobertura les permite pasar la barrera de neutrones libres? —se preguntó el general en voz alta.

—Lester tiene razón—dijo Dave, sin apartar los ojos de los puntos

que marcaban su trayectoria sobre la pantalla-—. ¡Jamás habíamos conseguido atravesar el meridiano ciento sesenta con nuestros proyectiles!

Grey no dijo nada, pero su mano oprimió nerviosamente el brazo de su prometido.

—-¡Animo! ¡Animo!—casi gritaba Lester—. ¡Un poco más y le daremos la respuesta que se merece a ese demonio de Yablonoi Khan!

Pasaron unos segundos y los puntos luminosos, atravesando el mar de Ojotsk, volaron por encima de la isla Sajalín, antesala de la Asia continental.

—¡Los proyectiles alcanzan en este momento el meridiano ciento cuarenta!—exclamó excitado Dave.

—Pronto comenzarán a volar sobre el continente—-dijo Ellington, el cual intentó disimular inútilmente la emoción que le embargaba.

Pero en aquel mismo instante sucedió algo que hizo a Lester gritar como un condenando:

—¡No! ¡No es posible! ¡Peste de proyectiles!

En la inmensa pantalla radio-telescópica cada uno de los puntos luminosos estallaba con vivo centelleo, desapareciendo después por completo.

Durante más de dos minutos permanecieron todos frente a la pantalla, inmóviles, y sin saber qué decir.

La última esperanza de poder llevar el castigo merecido a los dominios de Yablonoi Khan había desaparecido.

Fue Grey la primera en reaccionar. Una azulada luz intermitente oscilaba en el cuadro de mandos de la emisora-receptora y fue Grey la primera en apercibirse de ello.

—-Están pidiendo la comunicación desde la posición «Mensajero de Hierro.»

Dave consiguió salir de su abstracción al escuchar aquellas palabras y abandonó su sitio frente a la pantalla para acercarse a la emisora. Con mano insegura apretó un botón y se oyó la voz del profesor Carneggie.

—¿Qué sucede ahí? ¡Hace dos minutos que estamos intentando la conexión!

Dave accionó el mecanismo de la televisión y el rostro del profesor apareció en la pantalla.

—¿Qué diablos sucede, Dave? Estamos...

El profesor se detuvo al contemplar en su propia pantalla la cara de su interlocutor.

—Ya comprendo—dijo—. Hemos fracasado de nuevo, ¿verdad?

—Sí, profesor. Los proyectiles han conseguido llegar hasta el meridiano ciento cuarenta, pero, finalmente, han estallado en el aire.

La cara del profesor mostró la desolación que éste sentía al escuchar aquellas noticias.

—¡El meridiano ciento cuarenta!—dijo—. No es bastante todavía. La barrera de neutrones libres aún es eficaz.

—Probaremos otra vez—quiso consolarle Dave.

—¿Otra vez?—preguntó el profesor con voz trémula.

El general Ellington se acercó a la pantalla de la televisión y cayó dentro del campo visual del profesor.

—Malas noticias, ¿verdad, general?—dijo el profesor.

—Así es, amigo Carneggie. ¡Somos incapaces de atravesar la barrera defensiva de nuestros enemigos!

—El blindaje de nuestros proyectiles ha fallado de nuevo y las cargas atómicas han estallado otra vez en el aire.

—¿Cree que podremos mejorarlo, profesor?

—Por el momento, no, general Ellington.

—El Presidente desea un informe a fondo —-replicó Ellington—. ¿Cuándo estará en condiciones de acudir a una entrevista con él, profesor?

—En cualquier momento. Ahora si es preciso.

—Entonces pasaré a recogerlo dentro de una hora, profesor.

—De acuerdo—aceptó el profesor.

Unos segundos más tarde se interrumpía la comunicación.

—Usted también vendrá a la reunión—dijo el jefe supremo para la defensa, volviéndose hacia Dave—. Puede dejar esto en manos de sus ayudantes.

—Con toda tranquilidad—repuso Dave.

—Entonces le esperamos a usted dentro de una hora en la sede subterránea del gobierno.

El general Ellington estrechó la mano de Dave y se encaminó hacia la puerta de salida de aquella habitación, donde le esperaban dos de sus ayudantes.

—¡Mala suerte, muchachos!—dijo Dave dirigiéndose al grupo de subalternos. Quizá la próxima vez tengamos más suerte. Ahora volved todos a vuestro trabajo.

El grupo se disolvió en pocos segundos y Dave, Grey y Lester quedaron frente a frente.

—¡Mal asunto!—gruñó Lester—. Yablonoi Khan acabará con nosotros, en cuanto encuentre la manera de contrarrestar los efectos de nuestra atmósfera electromagnética sobre los instrumentos de dirección de sus proyectiles.

Dave prefirió no contestar nada. Con paso lento se dirigió hacia el vestuario y comenzó a cambiar su ropa de trabajo por un traje de calle.

A pesar de su aparente calma se sentía terriblemente preocupado. Las palabras de Lester eran ciertas: Yablonoi Khan no tardaría en acabar con el último reducto de la Tierra que aún osaba resistirse a su dominio.

CAPÍTULO II

Cuando Dave salió a la calle tuvo que mirar, su reloj-calendario para saber si era de día o de noche.

Una espesa niebla amoratada, casi rojiza, cubría por entero el área de la ciudad, haciendo imposible distinguir el día de la noche.

Aquella niebla se extendía sobre todo el territorio de los Estados Unidos desde hacía seis meses, y era la única defensa contra los ataques de los proyectiles dirigidos de Yablonoi Khan.

Seis meses en que el sol no había lucido sobre todo el territorio de la Unión y en los cuales la angustia se había aposentado en todos los corazones.

Durante aquel tiempo, Dave apenas si había salido al exterior, pues, como jefe de protección de todo el territorio, su puesto estaba en el profundo subterráneo antiatómico situado en las proximidades de Santa Bárbara, pequeña localidad de la costa Oeste de los Estados Unidos.

Cuando respiró el aire de la superficie sintió que una gran nostalgia de los tiempos pasados se apoderaba de su corazón.

Como una cinta cinematográfica pasaron por su mente los acontecimientos de los últimos meses.

Primero fueron las extrañas noticias que llegaban de Asia, donde un ser fantástico, Yablonoi Khan, comenzó a predicar la guerra contra los occidentales, llevando el entusiasmo y el fanatismo a ingentes masas de asiáticos de todas las razas y credos.

Al principio pareció que todo era pura palabrería y que sus amenazas se disolverían a la primera llamada de orden que le hicieran las potencias occidentales.

Pero estaban muy equivocados los que pensaban así. Una potente flota atómica anglo norteamericana fue destruida en pocos segundos

por medio de proyectiles-cohete de una asombrosa eficacia.

Aquello fue la alarma para el mundo entero, pero ya era demasiado tarde para poder destruir el poderío de las huestes de Yablonoi Khan. Toda Asia, de uno a otro extremo, fue conquistada en pocos días, arrasando a sangre y fuego a las naciones que pretendieron oponerse a los invasores.

Insospechadas y perfectísimas armas fueron puestas en acción y las victorias se sucedieron con la rapidez de una cadena de relámpagos en plena tormenta.

La misma Europa había sucumbido al empuje brutal de las nuevas hordas y sólo América había podido organizar una defensa eficaz, gracias a un arma celosamente guardada durante muchos años: la nube electro-magnética.

Aquella nube perturbaba de tal modo los dispositivos de dirección de los proyectiles dirigidos que enviaba el ejército de Yablonoi Khan, que permitía hacerlos cambiar de rumbo para que fuesen a estallar en pleno océano.

Pero se trataba de un arma puramente defensiva que no podía dar la victoria a los trescientos millones de americanos, que eran la última esperanza de la raza blanca.

Las armas de ataque, consistían casi exclusivamente en los antiguos proyectiles de cabeza atómica, pues en aquel año tres mil, se cumplían los seiscientos cincuenta de la última guerra.

El largo período de paz que disfrutara la Tierra había hecho que se abandonase por completo la política de armamentos, y los hombres de ciencia tuvieron que improvisar sobre viejos modelos las armas que llevarían la respuesta a Yablonoi Khan.

Recién salido del ascensor que lo llevara hasta la superficie, Dave pensaba en estas cosas mientras esperaba el vehículo que lo llevaría hasta el aeropuerto situado al Norte de la pequeña ciudad.

Lester y Grey quedaban en el refugio para hacer frente a cualquier situación que pudiera presentarse.

Un automóvil de forma cilíndrica, se detuvo frente a nuestro amigo.

—Estoy a sus órdenes, profesor—dijo el hombre que lo pilotaba.

—¿Viene del aeropuerto, Joe?

—Así es, señor Dave. Un aparato está píe parado para emprender el vuelo.

—Vamos allá.

Una portezuela se abrió automáticamente y Dave se introdujo en el interior.

El automóvil se deslizó silenciosamente sobre la calzada y sus potentes faros taladraron eficazmente la densa niebla rojizo-amoratada.

Ni un alma se veía por las calles. Desde hacía seis meses vivía toda la población en estado de guerra y sólo trabajaban las inmensas fábricas subterráneas que proveían a la nación de cuanto le era indispensable.

En el aeródromo, sólo utilizado para fines militares, reinaba la misma desolación y silencio que en el resto de la ciudad.

Apenas se detuvo el vehículo que transportaba a Dave, un oficial salió a su encuentro.

—Comandante Edward Doren—dijo presentándose.

—Está preparado el aparato.

—Despegaremos en cuanto usted tome asiento en su interior, señor.

—Caminaron unos doscientos metros y alcanzaron el lugar donde estaba posado el aparato que transportaría a nuestro amigo hasta el lugar secreto donde se reunía el Gobierno.

El aparato era un cohete de gran autonomía, el cual estaba posado sobre su parte posterior, con la proa mirando al cielo.

Una célula foto-eléctrica puso en movimiento una escotilla lateral en cuanto los dos hombres se aproximaron a menos de tres metros.

—Puede ocupar el asiento de atrás o el que queda libre a mi lado —dijo el comandante-piloto—. De cualquier modo no tendremos mucho tiempo para aburrirnos.

—Me sentaré a su lado—respondió Dave.

Ocuparon sus puestos y la escotilla volvió a cerrarse.

—¿Está usted listo para el despegue, señor?

—Cuando usted quiera.

El aparato despegó verticalmente, impulsado por los poderosos cohetes, y luego tomó la dirección horizontal que les conduciría hasta el refugio secreto del gobierno.

No era la primera vez que Dave recorría aquel trayecto y sabía que lo harían en poco más de quince minutos.

Durante todo el camino apenas si cruzó algunas palabras con el piloto, pues, el hombre tampoco tenía un humor demasiado bueno.

En el tiempo previsto, y sin incidentes, alcanzaron un lugar en las costas del Lago Superior, cerca de Duliuth, donde el gobierno tenía su secreta sede.

*   *   *

El lugar de la reunión era un refugio antiatómico, situado en el fondo del lago, a unos cincuenta metros de profundidad.

Una lancha llevó a Dave hasta el lugar preciso. De las oscuras aguas del lago emergió una especie de transparente cilindro y por una portezuela se introdujo Dave, viendo cómo se cerraba ésta a sus espaldas.

Un hombre con el uniforme de oficial de la marina estaba dentro.

—Buenas noches, señor—dijo brevemente.

—Buenas noches—contestó Dave.

—Lo están esperando.

—¿Ha venido ya el profesor Carneggie?

—Todavía no. Lo esperamos de un momento a otro, pues el general Ellington nos ha anunciado su llegada por radio.

El cilindro se deslizó hacia el fondo del lago, dirigido por dos raíles laterales que se encajaban en sendas estrías.

Una luz interior iluminaba a los dos, hombres y se difundía hacia las aguas colindantes, iluminándolas con una claridad lechosa.

Al llegar al fondo, el cilindro encajó su parte inferior en una pequeña plataforma de acero.

El oficial reguló la presión del interior del extraño ascensor submarino y luego bajó una pequeña palanca que tenía al alcance de la mano.

—Sitúese junto a mí en el centro del círculo que forma la base de este cilindro.

Dave hizo lo que se le indicaba y un chasquido llegó a sus oídos.

El fondo del cilindro, junto con la plataforma de acero, comenzó a descender pausadamente por un túnel vertical de paredes de plomo y acero.

Pocos segundos más tarde llegaban a un vestíbulo subterráneo y la plataforma ascendía de nuevo.

—Sígame—ordenó el oficial.

Comenzaron a caminar por un dédalo de pasillos y plazoletas a cuyos lados, a través de las paredes transparentes, podían verse las múltiples dependencias donde se afanaban los encargados de los distintos servicios del gobierno.

El Presidente Hore lo recibió en una habitación circular, acompañado del jefe de seguridad interior, Clark Beetchman, y varios oficiales de su Estado Mayor.

Se cruzaron los saludos de rigor y el presidente invitó a nuestro amigo a que se sentara.

—Hemos de esperar al general Ellington y al profesor Carneggie— sonrió con amabilidad el presidente—. ¿Quiere tomar algo mientras esperamos?

—No me vendrá mal un poco de «whisky», señor presidente— respondió Dave—. ¡Hace más de veinte días que no lo pruebo!

El presidente hizo una seña a uno de los oficiales que le acompañaban y éste sacó una botella y vasos de un pequeño armario y sirvió a todos.

—¿Tan mal está la «Posición Radión»?—sonrió el presidente.

—Se le olvidó a nuestro intendente incluir algunas botellas en el último pedido de víveres que hizo.

—Yo mismo me encargaré que les envíen unas cuantas cajas de nuestras reservas. ¡A veces se hace imprescindible tomar un trago!

Dave asintió con una sonrisa, pensando de qué buena gana lo hubiera hecho poco tiempo antes, cuando la gran pantalla radio-telescópica les informaba de que nuevamente habían fracasado en su intento de atacar los centros neurálgicos de Yablonoi Khan en la Mongolia

Debe haber sido muy duro tragar la píldora, ¿verdad?—preguntó Beetchman, como si leyera el pensamiento de Dave.

—Cada vez se hace más difícil encajar las derrotas—admitió Dave.

—Tendrá que acostumbrarse—sonrió Beetchman.

Aquellas palabras sorprendieron a Dave, pues Clark Beetchman era el jefe de seguridad interior y, por lo tanto, el hombre que junto con el presidente y el general Ellington formaba el triunvirato que dirigía al país en aquel trance a vida o muerte.

Beetchman era un hombre de unos cincuenta años, de buena estatura y pocas carnes, cuyo perfil aquilino se veía subrayado por una mirada aguda de pájaro de presa. Su porte era cauto y mesurado y tenía fama de ser astuto como un zorro.

Dave no contestó nada, limitándose a sonreír vagamente.

Pasaron unos minutos y, por fin, llegaron el profesor Carneggie y el general Ellington.

Saludaron cordialmente a los que estaban esperando y comenzó la sesión.

El profesor Carneggie pasó a informar de la situación:

—Otra vez hemos experimentado el fracaso —dijo-—Nuestras

armas resultan inoperantes ante las defensas de nuestros enemigos.

—¿Qué resultó pues del nuevo blindaje de los proyectiles-cohete? —preguntó el presidente.

—Ineficaz—contestó el profesor—. Yablonoi Khan ha conseguido cubrir todo su territorio con una nube de neutrones libres, a los cuales puede acelerar a voluntad, sin que nosotros comprendamos cómo consigue hacerlo. Esos neutrones atraviesan el blindaje de nuestros proyectiles, provocan una reacción en cadena enlas cargas atómicas y los hacen estallar en el aire.

—Usted me dijo que el blindaje había sido endurecido—intervino Beetchman.

—Así es, pero, al parecer, no lo suficiente. De todos modos, conseguimos un pequeño avance

Los ojos de Beetchman se iluminaron y su cuerpo se inclinó hacia adelante para oír mejor.

—¿Qué quiere decir, profesor?

Carneggie hizo una seña a Dave y fue éste el que tomó la palabra.

—Hasta ahora no habíamos conseguido alcanzar más que el meridiano ciento sesenta. En esta ocasión hemos conseguido llegan hasta el ciento cuarenta. Hay que tener en cuenta que disparamos en dirección Oeste y, por lo tanto, el número menor de meridiano indica una distancia mayor.

Beetchman se había levantado de su asiento y miraba ávidamente un gran planisferio que había en una de las paredes.

—¿Dice el ciento cuarenta?

—Sí—respondió Dave—. A la altura de la isla Sajalín.

—¡Es sorprendente!—exclamó Beetchman en voz baja, pero que pudo ser oída por Dave.

—¿Sorprendente por qué?—preguntó Dave—.

Después de todo, el blindaje había sido reforzado, haciendo más difícil la penetración de los neutrones.

Aquellas palabras parecieron turbar al jefe de seguridad interior.

Pronunció algunas palabras confusas y lo salvó de la situación el que el profesor Carneggie tomara la palabra.

—Nuestros cálculos aún eran mejores—dijo el profesor—. Habíamos estudiado cuidadosamente las explosiones de los otros proyectiles enviados anteriormente. La reacción de la carga nuclear sólo puede provocarse si los neutrones la atacan a una velocidad determinada, por encima o por debajo de la cual son totalmente ineficaces» Nuestros enemigos han de calcular la resistencia de los

materiales exteriores del proyectil para que, al frenar los neutrones, puedan llegar éstos con la velocidad exacta al núcleo de la carga atómica. Fue por esto por lo que reforzamos la estructura externa de los proyectiles, haciéndola más difícil de atravesar.

—¿Y cómo ha podido suceder lo contrario a lo previsto?—preguntó el presidente.

—Ese es el misterio—intervino Dave—. Parece como si nuestros enemigos conocieran de antemano la densidad del blindaje de nuestros proyectiles.

—Para eso tendría que haber un traidor entre nosotros.

—Eso es imposible—intervino Beetchman—. Esa cuestión sólo la conocemos el profesor Carneggie, el profesor Dave Rodney y yo. ¿Quién de los tres iba a ser el traidor? Creo que todos estamos por encima de cualquier sospecha.

—Mis palabras han sido sólo una suposición —replicó Dave,

—Claro que cabe la posibilidad de que alguno de los subalternos del equipo científico haya tenido exacto conocimiento de esta cuestión y...

Beetchman no terminó la frase, pero dio a entender claramente lo que quería decir.

—Yo respondo absolutamente de los que trabajan en mi equipo—saltó Dave.

—Y yo de los míos—dijo el profesor.

—Tampoco deben tomarse al pie de las letras mis palabras—sonrió fríamente Beetchman—. No he querido más que ilustrar la suposición de Dave.

—La conclusión es, señores—intervino el presidente—, que nos encontramos impotentes para llevar la guerra al propio terreno de nuestros adversarios. Ello quiere decir que les facilitamos el tiempo necesario para preparar nuestra total destrucción.

—Es, forzoso reconocerlo así—admitió Carneggie.

—¿Cree que se podría reforzar más aún el blindaje de los proyectiles, profesor?—preguntó Beetchman.

Carneggie hizo un gesto de duda.

—Para ello tendríamos que descubrir nuevos materiales. La respuesta la han de dar nuestros laboratorios.

—Pues no veo otro camino que trabajar en ese sentido—concluyó Beetchman—. Ténganme al corriente de cualquier avance que se produzca en esa materia.

—Así lo haré—admitió Carneggie.

—Nuestra única esperanza de sobrevivir, por el momento—intervino el presidente—, es que la nube electro-magnética siga protegiéndonos. Por esta razón he decidido que sea el profesor Dave Rodney el que se encargue de los generadores que la producen. ¿Cree usted, Dave, que puede dejar en manos de su segundo la «Posición Radión»?

—Sí, señor presidente.

—Entonces, está decidido. Mañana mismo se hará cargo de la dirección de este servicio.

—¿Y el profesor Hamilton?

—Ha sido él quien ha pedido el relevo. Son muchos años los que tiene y se encuentra enfermo—respondió el presidente.

—Entonces no tengo inconveniente en relevarlo—repuso Dave.

—Si quiere llevarse a alguno de sus auxiliares, puede hacerlo; pero deje a un hombre capaz al frente de la «Posición Radión.»

Dave prometió hacerlo así y la reunión quedó terminada unos minutos más tarde. En el rostro de todos se reflejaba el desaliento que les producía tan precaria situación. Quizá el único que se mostraba imperturbable era Beetchman, el astuto jefe de seguridad interior, cuyo rostro era una fría máscara, a través de la cual era imposible adivinar lo que pensaba su cerebro.

CAPÍTULO III

L[image]

ester Jiffer fue el hombre designado para asumir el mando de la «Posición Radión,»

—Espero que volveremos a vernos—dijo a modo de despedida.

Dave y Grey estrecharon la mano del gigante y una sombra de tristeza apareció en sus ojos.

—No cabe duda de que será así—respondió Dave, procurando dar a sus palabras un aire jovial.

—Yo haré unos cuantos viajes para acabar de adiestrar a mi sustituto—repuso Grey.

—Te lo agradezco, Grey, pues yo no voy a tener tiempo y es preciso que mi ayudante actual pueda tomar el mando… si es que a mí me sucede algo.

—¡No debes tener ésos pensamientos!—exclamó Dave—. ¿Por qué te iba a suceder algo?

—Nunca está de más prevenir, ¿no te parece? —sonrió Lester—. Además, ello me permitirá ver de vez en cuando a Grey y tener noticias tuyas:

—De todos modos las tendrás. ¿O es, que se te ha olvidado manejar una emisora?

—¡No había pensado en ello!—exclamó Lester con alegría.

—Cuando me haga cargo del mando de la base «Cielo Cubierto», que tal es el nombre de mi nuevo destino, comunicaré contigo y te daré la longitud de mi onda.

—La nuestra ya la conoces de sobra. Puedes comunicar directamente con la sala de exploración.

—Lo haré así.

Los tres amigos se estrecharon con efusión las manos y Grey y Dave subieron al aparato que les estaba esperando.

Un último movimiento de la mano para despedirse y el cohete salió disparado hacia las alturas, tripulado por la mano firme del piloto.

El nuevo lugar donde Grey y Dave iban a prestar sus servicios se encontraba en un paraje situado al este de las Montañas Rocosas.

El emplazamiento del poderoso complejo industrial que servía para generar la nube protectora estaba en una pequeña pero abrupta cordillera, cuyo límite natural por el Sur era el río Rojo. Al Norte continuaban las montañas y el lugar resultaba de difícil acceso por tierra, aunque fácilmente asequible por el aire.

El profesor Hamilton era un anciano amable y de palabras suaves y convincentes.

—No saben cuánto me alegro de tenerlos aquí —fue su recibimiento—. Me encuentro francamente mal y necesito un descanso. Ya sé que no son tiempos para descansar, pero quiero ver si aún es posible dar un remiendo a mi organismo para poder continuar siendo útil a la desdichada causa del mundo libre.

—Para nosotros es un honor poder sustituirle, profesor.

El sabio hizo un vago gesto de la mano, como si quisiera alejar el halago que suponían las palabras de Dave y sonrió.

—He sido yo quien ha pedido que me sustituya usted, Dave. Colaboró conmigo en algunos aspectos de los generadores electromagnéticos y no le será difícil ponerse al corriente. El cerebro matemático de Grey le será de mucha utilidad en esta primera fase.

—Estoy seguro de ello—admitió Dave.

—Cuando quieran les mostraré las distintas dependencias de este complejo.

—Yo me encuentro en disposición de hacerlo ahora mismo.

—Yo también—aseguró Grey.

—Entonces podemos comenzar—sonrió el anciano, visiblemente aliviado por la presencia de los dos personajes.

A simple vista apenas, si se veía un pequeño campo de aterrizaje y un par de edificios donde se albergaba la guardia militar. La negra boca de un túnel, situado al pie de una de aquellas montañas, daba entrada a la base.

Media docena de cráteres, excavados en lo alto de otras tantas montañas, servían a manera de chimeneas para dar salida a los vapores, que constituían la nube electro-magnética.

Conforme fueron adentrándose por aquel túnel surgieron ante los maravillados ojos de Grey y Dave los distintos elementos del maravilloso conjunto.

—Estos inmensos, ciclotrones que se ven a la derecha son los productores de iones de cadmio—explicaba el profesor—. Esos cilindros que hay un poco más allá son mezcladores de hidrógeno y helio. Aquello otro los impulsores de gas.

Con voz pausada iba explicando el profesor Hamilton las distintas peculiaridades de aquel complejo, de las cuales tomaban buena nota Grey y Dave.

Los numerosos equipos que servían las distintas partes del vasto organismo trabajaban incesantemente y sus jefes respectivos fueron presentados, a la pareja.

—El servicio meteorológico le dará un parte cada vez que haya cambio en la dirección de los vientos. Las corrientes son constantes y se dirigen hacia todos los puntos cardinales del país. De este modo es posible desparramar la nube electro-magnética por todo nuestro territorio. El problema estriba en tener un control exacto de la densidad de la misma para cada una de las cincuenta y cuatro zonas en que lo tenemos dividido.

—De esta forma se manda más o menos gas a los distintos, sitios, ¿no es así?

—Exactamente—respondió el profesor—. Es un trabajo de pura matemática que podrá hacer Grey a la perfección.

—Asumiré esa responsabilidad con mucho gusto.

Todo aquel inmenso complejo de maquinaria se alojaba en grandes cavidades, enlazadas entre sí por calles abiertas en la roca viva. En la misma roca se habían perforado las viviendas de cuantos trabajaban en la ciudad subterránea y vivían en aquel mundo troglodita.

Un corto pasillo lateral les llevó hasta una puerta de acero, guardada por dos soldados armados con fusiles-ametralladores.

Hamilton atravesó la guardia y quedó situado a unos tres metros de la puerta.

Un sordo zumbido se dejó oír y la pesada puerta, de medio metro de espesor, giró sobre sus goznes.

—El mecanismo actúa por medio de una célula fotoeléctrica en cuanto un cuerpo interrumpe la corriente de electrones—explicó el profesor.

Grey y Dave lo siguieron y no tardaron en encontrarse en el interior de un recinto circular, de unos cinco metros de diámetro,

cuyas paredes, techo y suelo estaban forrados de acero.

—¡Es como una caja fuerte!—se maravilló Grey.

—Prácticamente es ése su objetivo—sonrió el profesor. Aquí se guarda la clave de todo este conjunto.

La pared circular estaba recubierta hasta media altura por una serie de cuadros de mando, en los que lucían múltiples luces.

—Desde aquí puede ejercerse el control de toda la fábrica. Cualquiera de estas luces significa que todo marcha bien. Si una de ellas se apaga o comienza a oscilar es que la sección a que se refiere la luz va mal. Cada máquina tiene su control, pero aquí está el control general.

Durante más de dos horas estuvo explicando el profesor Hamilton el funcionamiento de todo aquello. Dave ya conocía muchas de aquellas cosas, pero, aun así, tuvo que tomar infinidad de notas, auxiliado por Grey.

Por último los llevó el profesor hasta un lugar de la habitación donde se veía un rectángulo rojo donde sobresalían dos botones y una pequeña palanca.

—He dejado esto para el final porque se trata del punto neurálgico de esta vasta organización.

Dave y Grey se miraron y aguardaron en silencio las palabras del profesor.

—El botón rojo sirve para cerrar la entrada del túnel, aislándolo por completo del exterior. Diez pesadas puertas de acero cierran el paso a quienes pretendieran asaltar nuestro reducto. Una fortísima corriente eléctrica circula por las diez puertas, impidiendo que nadie pueda intentar acercarse a ellas. De este modo podemos seguir haciendo nuestro trabajo, pase lo que pase.

—¿Y el botón amarillo?—preguntó Grey.

—Acciona el mecanismo que abre esas, puertas.

— En cuanto a esa palanca?—pregunto Dave.

—Es algo tan importante que no me he atrevido a dejarlo en manos de nadie.

—¿De qué se trata?

—Si esa palanca fuera bajada—continuó el profesor Hamilton—, todo nuestro pueblo quedaría exterminado en el espacio de unas pocas horas.

—Me sorprende esa afirmación—reconoció Dave.

—Los distintos elementos que contribuyen la nube electro-magnética—continuó el profesor— son mezclados en cantidades

exactas. Si se variase la proporción, la nube se haría terriblemente venenosa y acabaría con la existencia de todos los seres vivos puestos en contacto con ella.

—Sólo el pensarlo me horroriza—comentó Grey.

—La mezcla se hace por procedimientos mecánicos, pues son muchos millones de metros cúbicos por minuto los qué hemos, de producir y lanzar al espacio. La palanca que regula esa mezcla es la que tiene ante sus ojos y no he querido dejarla al alcance de cualquiera. Un simple error, no observado a tiempo, o un acto de sabotaje tendrían consecuencias fatales.

—Ya comprendo—aseguró Dave—. Entonces, ésa es la posición en que debe quedar siempre la palanca, ¿no es cierto?

—Así es—confirmó el profesor—. Si se moviera hacia arriba, las distintas materias dejarían de mezclarse y, por lo tanto, la nube protectora no se produciría, sin más consecuencias. Pero si la palanca fuera bajada…

No fue necesario que el profesor acabara la frase para que Grey y Dave se dieran cuenta de lo que quería decir.

—Procuraré que nadie se acerque a esa palanca—dijo Dave.

—La entrada a este recinto sólo está autorizada a usted y a su inmediato ayudante. Grey en este caso.

—¿No le parece poca guardia la que hay a la puerta de este lugar? No sería difícil eliminar a esos dos hombres.

El profesor sonrió.

—No sería difícil, pero sería poco útil para quien lo intentara.

—He visto que la puerta se abre por simple interferencia de la célula foto-eléctrica.

—No es ése el problema—repuso el profesor—. Esos hombres, sin que ellos mismos lo sepan, ejercen una presión sobre cierto mecanismo que hay debajo de sus pies. En cuanto dejaran de ejercerla, sonaría la alarma en toda la fábrica. Uno de cada diez hombres tiene la misión, si suena la alarma, de dirigirse a este lugar y ver si sucede algo anormal, informando a su jefe rápidamente.

—¿Y cómo se hace el relevo de la guardia?

—El jefe de la misma sabe que no dispone más que de tres segundos para realizarlo. Al cabo de este tiempo comienza a actuar la alarma. Un hombre se aparta a un lado y el otro ocupa inmediatamente su exacto lugar.

—Veo que se han tomado las precauciones necesarias—sonrió Dave—. Ello me tranquiliza.

—Yo no estaré tranquilo nunca—replicó Hamilton—. Nos

encontramos en pleno declive de la civilización occidental y casi me atrevería a decir al borde de su muerte.

Durante unos segundos guardaron silencio y el fantasma de Yablonoi Khan pareció adueñarse de la situación.

Dave lo maldijo en su fuero interno. ¿Quién sería aquel hombre que tomaba el nombre de una de las cordilleras del Asia Central, y cuyo apellido era el del famoso conquistador mogol de la Edad Media?

—Todavía no estamos vencidos—dijo con voz firme.

—Es cierto, pero no hay que negar que nos tiene en la ratonera. ¿No lo cree así, Dave?

—¡Tantos han querido conquistar al mundo y acabaron por ser derrotados!

—¡Dios le oiga a usted!—sentenció Hamilton fervorosamente.

—Procuremos olvidar en la medida de lo posible esa amarga cuestión—intervino Grey.

—Es lo mejor—asintió Hamilton—. Ahora vengan conmigo y les mostraré sus respectivos despachos y aposentos. También quiero que conozcan a sus más inmediatos colaboradores.

Abandonaron la estancia circular y se encaminaron con paso rápido hacia el núcleo «urbano» de aquella factoría incrustada en las entrañas de la tierra.

CAPÍTULO IV

Durante diez días, Dave vivió entregado por completo a la nueva e importante tarea que se le había encomendado.

Muchas y complicadas eran las cosas a las cuales debía prestar su máxima atención, pero su capacidad de trabajo y los profundos conocimientos científicos que tenía le permitían hacer frente a la situación con toda eficacia.

En la tarde del décimo día, el profesor Hamilton abandonó la base para someterse a una cura de reposo en uno de los hospitales militares de la costa.

Grey encontró en el traslado del profesor una ocasión propicia para visitar la «Posición Radión» y decidió aprovecharla.

—¿Te parece oportuno, Dave?—había preguntado a su prometido.

—Me parece excelente tu idea, pues ayer mismo se quejaba Lester del abandono en que lo tenemos.

—Para mí será un placer llevarla de compañera de viaje—dijo el profesor Hamilton.

—Entonces decidido—respondió la muchacha.

—Por mi parte no tengo inconveniente en ordenar a mi piloto que aterrice en Santa Bárbara. El sanatorio al cual me dirijo está a pocas millas de allí y puedo hacer el resto del viaje en automóvil.

De tal modo fue decidido el viaje de Grey, y Dave despidió a los, dos personajes en el pequeño aeródromo que había a la salida del túnel.

—Volveré pasado mañana—le dijo Grey—. Si necesitaras algo urgente puedes llamarme por radio a la «Posición Radión.»

—Espero que pronto me encontraré bien y podré volver a ser útil —dijo el profesor Hamilton, al tiempo que estrechaba la mano a su amigo y colaborador.

Durante los dos días siguientes, Dave mitigó el dolor de la separación enfrascándose totalmente en su tarea.

Fue al atardecer del segundo día cuando recibió una visita completamente inesperada.

Desde el puesto de guardia que había a la puerta del túnel recibió

una llamada telefónica.

—¿Qué sucede?—preguntó Dave.

—Un mensajero, con una orden del jefe de seguridad interior desea ser recibido.

—Que lo acompañen dos hombres hasta mi despacho—ordenó Dave.

Unos minutos más, tarde recibía la visita que le había sido anunciada.

—¡Señor…!

El recién llegado le hizo una seña para que se callase, cortándole la exclamación.

—Tengo mucho gusto en verle, amigo Dave.

—Pueden retirarse—ordenó Dave a los dos hombres que habían acompañado a su visitante.

Estos saludaron militarmente y se retiraron.

—He preferido venir de incógnito—sonrió Beetchman, pues no era otro el visitante.

—Confieso que me ha sorprendido—dijo —Dave. ¿A qué se debe su visita?

—Son varios los motivos. El primero de todos es inspeccionar estas instalaciones.

—¿Inspeccionar esto?—preguntó Dave sorprendido.

—Puro trámite, amigo mío—sonrió Beetchman—. Hace más de seis meses que estamos en guerra y esto forma parte de mis atribuciones.

—Sí, pero…

—¿Quiere decir que no tengo capacidad científica para aquilatar la cuestión?—cortó Beetchman—. De acuerdo, pero usted se encargará de darme las explicaciones oportunas.

Por mucho que le sorprendiera a Dave la inesperada petición, no tuvo más remedio que acceder a ella. Clark Beetchman era uno de los tres pilares en que descansaba la defensa del país y, por lo tanto, un superior suyo,

—Estoy a sus órdenes, señor Beetchman. ¿Por dónde quiere que empecemos?

—Lo dejo a su elección.

—Sígame, por favor.

Durante dos, horas recorrieron las instalaciones y Dave fue explicando el significado de cada una de las cosas que le iba

mostrando a Beetchman.

Al llegar al custodiado recinto que guardaba la clave de aquellas instalaciones pasó por su mente la idea de no enseñárselo a Beetchman, pero no tardó en apartar de su cerebro aquel pensamiento.

En el fondo de su corazón reconocía que no era justa aquella actitud. Cierto que Beetchman

*****Faltan paginas 53 y 54****

—Esas son mis órdenes—respondió Dave fríamente.

Las palabras sorprendieron a Donovan, pues nunca lo había tratado tan fríamente su superior. Miró al hombre que acompañaba a Dave y luego posó los ojos en éste.

—Comprendido—dijo.

—Partiré ahora mismo. La señorita Grey Benson llegará antes de medianoche. Recíbala usted si yo aún no me encuentro de vuelta y entréguele el mando de la base.

—Lo haré así, señor Rodney.

Dave se volvió hacia Beetchman.

—Discúlpeme unos minutos. Voy a cambiarme de ropa y podremos partir inmediatamente.

Veinte minutos más tarde subían al aparato que había traído a Beetchman hasta aquellos parajes.

—Podemos despegar—ordenó Beetchman al piloto.

—¿Qué dirección tomamos, señor?

—Aterrizaremos en Stockton.

—Está bien, señor.

—¿Es ése el término de nuestro viaje?—preguntó Dave.

—Allí tomaremos un automóvil. Nuestra meta es San Francisco.

—Stockton se encuentra a pocas millas al Noroeste de San Francisco, ¿por qué no aterrizar en la misma ciudad?

—Ya le advertí que se trata de una misión secreta.

—Lo había olvidado.

—Vamos a reunirnos con una tercera persona. Si tomo todas estas

precauciones es porque tenemos noticias de que algunos agentes enemigos han conseguido desembarcar en nuestro territorio.

—Eso es grave.

—No demasiado—respondió Beetchman—. Las noticias que puedan dar a nuestros enemigos no han de serles demasiado útiles. La nube electro-magnética y el cinturón de cohetes-cazadores que envuelve a nuestro país lo hacen invulnerable por aire... al menos, por ahora. Los proyectiles dirigidos son más rápidos que nuestros cohetes-cazadores, pero la nube electromagnética los desvía con facilidad. En cambio, los aviones no pueden atravesar las barreras de cohetes.

—Queda la posibilidad de los sabotajes—apuntó Dave.

—Nuestras fuerzas de seguridad están advertidas. Espero que no tarden en caer en nuestras manos esos hombres.

El viaje se realizó con normalidad.

Dave prefirió abandonar la conversación para mirar a través de las ventanillas transparentes y recrearse en un espectáculo que pocas veces le había sido dado el ver desde que comenzaran las hostilidades.

El piloto había ganado considerable altura, rebasando totalmente la nube electro-magnética. El cielo aparecía sereno en su inmensa grandeza y las estrellas centelleaban a lo lejos como si irradiaran al universo entero un mensaje de paz y equilibrio.

Abajo quedaba la nube amoratada que fulguraba en medio de la noche con una luz fosforescente, escondiendo en sus entrañas un mundo de trescientos millones de seres, cuya angustiosa preocupación era sobrevivir, resistir el embate de la terrible ola nacida en el centro de Asia y que amenazaba con acabar definitivamente con los últimos vestigios de la cultura occidental.

Volando bajo la bóveda azul del cielo, parecía que todo aquello era un sueño, una mala pesadilla de la cual comenzaba a despertar. ¡Había tanta paz en aquellas alturas!

Pero aquella agradable sensación duró poco tiempo. El piloto comunicó con sus dos pasajeros, devolviendo a Dave a la realidad.

—Vamos a aterrizar—dijo.

Dave miró su reloj y pudo comprobar que los minutos habían pasado con la velocidad de un relámpago.

—Cuando se sueña, el tiempo pasa de prisa —sonrió Beetchman.

El aparato había picado y no tardó en sumergirse en la nube electro-magnética, tiñendo el rostro de los pasajeros con unos fantásticos tintes rojos y amoratados.

—No cabe duda de que la realidad se impone —repuso Dave con amarga sonrisa.

Quince minutos más tarde se deslizaban los dos hombres en un rápido automóvil, camino de San Francisco.

El propio Beetchman iba al volante y se había, vuelto taciturno, y reservado.

Cuando llegaron a la ciudad, las calles estaban desiertas y un profundo silencio reinaba por todas partes.

—Ya llegamos—dijo Beetchman.

Dave no dejaba de estar sorprendido por la actitud de aquel hombre. Parecía estar ausente de cuanto le rodeaba y sus ojos miraban hacia adelante como si no se percatara de los detalles de las cosas.

«No cabe duda de que me resulta antipático» pensó Dave. «Será cuestión de contenerse.»

Beetchman dirigía el coche como si fuese un autómata y su cara hacía, de cuando en cuando, unos incomprensibles visajes.

Dio la vuelta a una esquina y detuvo el coche frente a una casa de dos plantas, rodeada por un pequeño jardín.

—Ya hemos llegado. Es esa casa.

—¿Pero puedo saber de una vez qué es lo que se pretende?

—Se trata de que celebremos una entrevista con un hombre que ha venido de las tierras de Yablonoi Khan.

—¿Y qué tengo yo que ver en ello?

—Es un científico ese hombre. Lo necesito a usted como intérprete de lo que pueda decirme. Según parece quiere revelarnos importantes secretos.

Dave asintió con la cabeza y descendió del coche.

Beetchman iba a hacerlo igualmente pero alguna dificultad en el motor lo retuvo un instante.

—Vaya usted delante y llame a la puerta, Yo voy ahora mismo.

Dave empujó la verja y atravesó el jardín. Subió tres escalones y llamó pulsando un timbre que estaba bien visible.

Casi instantáneamente se abrió la puerta y entró en un vestíbulo débilmente iluminado.

En el acto se cerró la puerta a sus espaldas.

—¡Eh, esperen un momento! ¡Aún falta...!

Pero a Dave se le helaron las palabras en los labios. Por azar había mirado hacia el exterior a través de una ventana lateral y vio algo que le llenó de sorpresa y lo puso en guardia: ¡Beetchman partía en aquel momento con su coche, dejándolo solo en el interior de aquella mansión desconocida!

CAPÍTULO V

Cuando Dave vio la maniobra que realizaba Beetchman, no tuvo la menor duda de que se le había tendido una celada.

¿Pero cómo era posible aquello? Beetchman era uno de los máximos responsables del país y no podía pensarse que fuera un traidor.

Sin embargo, tenía la evidencia de que había procedido de una manera innoble. ¡Ni el más secreto de los servicios, autorizaba a nadie a llevar engañado a un hombre libre!

Quiso abrir la puerta que se cerrara a sus espaldas pero fue imposible.

Pegó la espalda contra la pared y cerró los puños. ¿De dónde

vendría el ataque?

Un silencio absoluto lo envolvía todo y las débiles luces apenas si sacaban de la penumbra los objetos.

Dio unos pasos y quiso forzar una de las ventanas que había al lado de la puerta, pero fue inútil: accionadas desde algún oculto rincón de la casa cayeron fuertes cortinas de acero, las cuales tapiaron la salida por las ventanas.

Acostumbrados sus ojos a la semipenumbra, pudo distinguir cuanto le rodeaba. Estaba en un amplio vestíbulo de una casa al parecer abandonada. Habían muebles, pero sobre ellos se divisaba una capa de polvo, señal inequívoca de que no eran usados desde hacía bastante tiempo.

De pronto se extinguieron totalmente las luces y la oscuridad más impenetrable lo envolvió.

Dave no abandonaba el sitio que ocupaba junto a la pared, convencido de que, de un momento a otro, alguien saltaría sobre él.

Pero pasaron dos o tres angustiosos minutos sin que nada anormal sucediera.

Ya iba a volverse de nuevo para atacar con violencia la puerta cuando un ligero zumbido hirió sus oídos.

Se detuvo y miró a su alrededor.

Un finísimo punto luminoso parecía flotar a unos cuantos metros de donde él estaba.

Dave miró con atención sin comprender exactamente lo que quería significar aquello.

El punto luminoso fue aumentando su intensidad, hasta centellear vivísimamente.

Un sudor frío comenzó a perlar la frente de nuestro hombre.

A pesar de que esforzaba mucho la vista no podía ver ni el menor rastro de alguien que sostuviese el generador de aquella luz.

Dave quiso apartar los ojos de aquel punto pero notó que le era imposible.

Algo comenzó a estar claro para él: ¡Estaba hipnotizándose!

Su respiración se hizo fatigosa y todos los músculos de su cuerpo se pusieron en tensión.

Extrañas visiones comenzaron a danzar frente a él como si un mundo fantástico hubiera roto las puertas que lo encerraba.

Dave quería cerrar los ojos para escapar a aquel influjo maléfico, pero le era imposible.

Tenía que luchar contra aquello, ordenar a su mente que no se

dejara dominar, pensar con fuerza en algo que le permitiera romper el maleficio que pesaba sobre él.

A la mente le vino el recuerdo de una pequeña linterna que le regalaron sus padres. Era un pequeño objeto rojo, con perfiles dorados.

Con toda la intensidad de que era capaz centró su pensamiento en aquel recuerdo. Había unos cuantos detalles de la linterna que no recordaba con precisión y se esforzó en rehacerlos en su mente.

El sudor le resbalaba por el rostro y descendía por su cuello hasta el pecho.

Lentamente fue viendo en su cerebro con mayor claridad la imagen de la pequeña linterna, al tiempo que el brillante punto luminoso parecía irse esfumando.

Por fin consiguió llenar su cerebro con la idea absoluta de la linterna y sintió que sus músculos comenzaban a relajarse.

No cabía la menor duda de que comenzaba a dominar la situación, sustrayéndose al poder hipnótico de aquella fulgurante luz.

Finalmente pudo apartar sus ojos del misterioso y penetrante foco de luz, sintiéndose dueño nuevamente de sus facultades.

Dio unos pasos en sentido lateral y quedó semioculto por unas cortinas.

Alguien profirió unas exaltadas palabras en un extraño idioma y el punto luminoso se borró en el aire, retornando de nuevo la oscuridad.

Pero esto fue por poco tiempo. Oyó el suave deslizar de unos pies descalzos por el suelo y todas las luces se encendieron instantáneamente.

Esta vez tenía ante sus ojos unos seres de carne y hueso.

Dos orientales, probablemente chinos o japoneses avanzaban hacia él con paso felino, el cuerpo encorvado y los, brazos extendidos hacia adelante, en la clásica figura del luchador.

La próxima acción despejó por completo el cerebro de Dave y sus músculos se tensaron para dar el mayor rendimiento posible.

—No esperaba un recibimiento tan amable —dijo mordiendo las palabras.

Los dos asiáticos se habían acercado hasta la distancia de unos dos metros y uno de ellos saltó en el aire como si fuera impelido por un poderoso muelle.

Apenas cayó sobre Dave intentó cogerle del cuello con una llave de lucha, pero nuestro amigo fue más rápido y le asestó un tremendo puñetazo en la cara, lanzándolo a varios metros de distancia.

—¿Creíais que todo iba a ser una sesión de magia?—bramó Dave.

Ya el otro adversario se había lanzado a sus piernas y forcejeaba para derribarlo al suelo.

Dave levantó su puño en el aire y lo abatió como una maza sobre la cabeza de su adversario.

El asiático soltó un gruñido de dolor, pero no abandonó la presa.

Dave hundió sus dedos en los músculos del cuello de su contrincante y apretó con todas sus fuerzas.

El hombre lanzó un penetrante grito y soltó las piernas de nuestro amigo, ocasión que aprovechó éste para darle un fuerte puntapié en la barbilla que lo derribó sin conocimiento.

Pero el hombre al que rechazara primero ya se había recuperado y volvía a la carga con renovado ímpetu.

Con su pie desnudo golpeó con fuerza el estómago de Dave y el golpe casi le cortó la respiración.

Pero nuestro amigo aún pudo reaccionar a tiempo de esquivar un furioso golpe a su mentón y responder con un gancho al estómago de su enemigo.

El asiático retrocedió unos pasos e hizo un sobrehumano esfuerzo para no doblar las rodillas.

Dave avanzó unos pasos y descargó una avalancha de golpes sobre su adversario que, incapaz de recuperarse, cayó al suelo.

Si en la casa no había más que aquellos dos hombres, Dave podía dar por ganada la partida.

Pero su esfuerzo iba a servirle de muy poco.

Un gas azulado estaba invadiendo la habitación, tiñéndolo todo con un tinte fantástico.

Dave quiso averiguar de dónde procedía aquel extraño gas, pero le fue imposible.

Sus miembros se negaban a obedecerle con precisión y un profundo cansancio se apoderaba de su cerebro impidiéndole casi pensar.

Quiso gritar y su garganta no pudo emitir más que un ronco gruñido, más propio de una fiera acorralada que de un hombre.

Sus rodillas se le fueron doblando y cayó al suelo, apoyando su espalda contra la pared.

Parecía que le faltaba el aire para sus pulmones y abrió desmesuradamente la boca en un desesperado intento de respirar.

Toda la habitación estaba inundada por el gas azulado y cuanto más se esforzaba en aspirar el aire más síntomas de ahogo sentía.

Todo comenzó a darle vueltas y cerró los ojos. Permaneció unos segundos así y oyó un nuevo rumor que parecía acercarse.

Hizo un desesperado esfuerzo y consiguió entreabrir los ojos. En medio de la azulada bruma vio avanzar la fantástica figura de un oriental, cuya larga barba le llegaba casi hasta la cintura. En su mano llevaba una pequeña esfera que absorbía con pasmosa rapidez el gas azul que envolvía a la fantástica aparición, dejando al oriental en medio de una atmósfera limpia y transparente.

Dave aún hizo un último esfuerzo por ponerse de pie. Finalmente se fue inclinando hacia el suelo y quedó sin conocimiento, a los pies del hombre de las luengas barbas.

CAPÍTULO VI

Dos días de indecible angustia pasó Grey en la soledad dé su despacho.

Atendía a sus ocupaciones como una autómata, mientras que una idea obsesiva le iba minando su entereza.

En la mañana del tercer día no pudo contenerse más y pidió comunicación con la «Posición Radión.»

—¿Eres tú, Lester?—preguntó en cuanto oyó A voz de su amigo por el altavoz.

—¿Qué te sucede, Grey? Parece que encuentro tu voz muy excitada.

—Es preciso que hable contigo.

—Ya puedes empezar.

—Quisiera verte personalmente.

—¿Tan importante es lo que quieres decirme?

—Sí, Lester. ¿Puedes venir a verme?

El hombre vaciló un instante pero acabó por decidirse.

—Por el momento no hay ninguna operación a la vista. No creo que haya ningún inconveniente en ello.

—¿Cuándo estarás aquí?

—Espera que consulte primero con el profesor Carneggie.

—Está bien; esperaré.

La comunicación quedó interrumpida por unos minutos.

Grey quedó al lado de la emisora en angustiosa espera, hasta que vio lucir de nuevo la pequeña bombilla que indicaba nueva comunicación.

—¿Eres tú, Lester?

—Sí, soy yo, Grey.

—¿Qué te ha dicho el profesor?

—Por el momento puedo disponer de algún tiempo, pues no piensa hacer ningún nuevo disparo.

—¿Entonces vienes a verme?

—Ahora mismo he pedido que me preparen un aparato y no tardaré en partir hacia ahí. ¿Cómo me las arreglaré para entrar?

—Yo misma te esperaré en la boca del túnel.

—Entonces no me demoro más. Hasta dentro de muy poco tiempo.

—Te espero, Lester.

De nuevo quedó cortada la comunicación y Grey quedó sumida en sus amargos pensamientos.

Dave le había dejado recado de que no tardaría en volver y la espera se había prolongado inútilmente durante dos días.

Donovan entró a consultarle una cosa y Grey lo interrogó por enésima vez.

—¿Está seguro de que Dave no le dejó otro recado para mí?

—Estoy seguro de ello. Me dijo que no tardaría en volver. Incluso no estaba seguro de no estar de vuelta antes de la medianoche.

—¿No pudo oír nada de la conversación que sostuvo con su visitante?

—No. De lo que sí estoy seguro era de que aquel hombre no era otro que el propio Beetchman en persona, el jefe de seguridad interior.

—¿Le fue presentado?

—No. Yo lo conozco por pura casualidad. Visitó una vez la base de proyectiles dirigidos, donde yo prestaba servicio. Como mi papel allí no era importante no me fue presentado. Estoy seguro de que no reparó en mí.

Aquello venía a complicar más la cuestión. ¿Cómo era posible que Beetchman no diera noticias de un hombre tan importante para la defensa del territorio como era Dave?

Grey estuvo mil veces a punto de llamar al jefe de seguridad interior, pero su sexto sentido le decía que no debía hacerlo.

Eran estas dudas las que le habían decidido a ponerse en contacto con Lester, para ver qué plan debían adoptar en aquella situación.

—Me pareció encontrar a Dave bastante excitado—insistió Donovan—. Me contestó de una manera como nunca lo había hecho.

—Si salgo a realizar algunas gestiones, se hará usted cargo de la base, ¿eh, Donovan?

—Puede confiar en mí, señorita Benson.

Grey dejó pasar algún tiempo y luego se dirigió lentamente hacia la boca del túnel.

—Espero a un colaborador que tomará tierra en este campo—dijo al jefe de la guardia.

—No he recibido ninguna orden del Estado Mayor Estratégico, como es usual en estos casos, señorita Benson—contestó el oficial.

—No hemos podido perder tiempo pasando el aviso necesario—replicó Grey—; pero yo asumo toda la responsabilidad.

El oficial vaciló durante unos segundos.

—Está bien—accedió—, pero no tendrá usted inconveniente de que haga constar ese detalle en mi parte de medianoche, ¿verdad?

—En absoluto, comandante. Yo hablaré con el general Ellington para justificarme y justificarlo a usted.

Aquello pareció mejor al oficial y sonrió satisfecho.

—No sabe cuán bien ha hecho en advertirme, señorita Benson. De no ser así, nuestras baterías de cohetes-cazadores habrían abierto fuego en cuanto el aparato en el que viene su colaborador hubiese intentado rebasar la barrera de seguridad. Voy a comunicar a mis hombres que dejen un «camino» de entrada y que comuniquen su posición al piloto del aparato.

El comandante se dirigió hacia la cabina de control de las armas, exteriores y tres minutos más tarde estaba de regreso.

—He comunicado con mis hombres de la defensa exterior y éstos han conseguido establecer contacto con el aparato. Dos minutos más de retraso y lo hubiésemos derribado.

Grey lamentó haber sido tan atolondrada y dio las gracias al oficial.

Durante diez minutos paseó su nerviosismo por la explanada a la que desembocaba el túnel, hasta que una voz del comandante la sacó de su abstracción.

—¡Ahí los tenemos, señorita Benson!

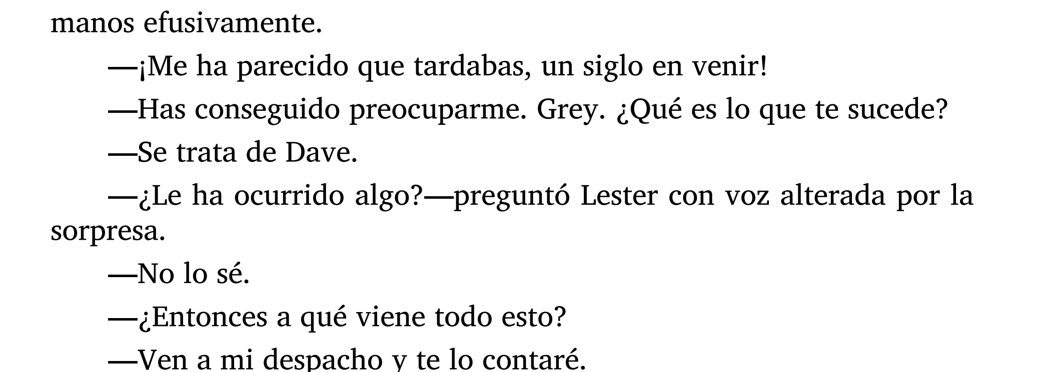
A través de la rojiza niebla se vio brillar el poderoso haz de luz amarilla del reflector de proa del cohete que transportaba a Lester.

Una larga estela de fuego quedaba detrás del aparato que se inclinó en una graciosa curva para tomar tierra.

Unas largas antenas, como las patas de un gigantesco mosquito de acero, se desplegaron de sus lados, posándose el cohete sobre las mismas. Luego plegó gradualmente el par que quedaba a popa y el aerodinámico cohete giró en sentido vertical sobre su centro, quedando con la proa hacia el cielo, en disposición de partir de nuevo.

Se abrió una escotilla y Lester saltó a tierra.

Grey se adelantó a recibir a su amigo y ambos se estrecharon las


manos efusivamente.

—¡Me ha parecido que tardabas, un siglo en venir!

—Has conseguido preocuparme. Grey. ¿Qué es lo que te sucede?

—Se trata de Dave.

—¿Le ha ocurrido algo?—preguntó Lester con voz alterada por la sorpresa.

—No lo sé.

—¿Entonces a qué viene todo esto?

—Ven a mi despacho y te lo contaré.

Cuando estuvieron en el despacho de Grey, la hermosa muchacha contó a su amigo los detalles de la extraña desaparición de Dave.

—¿Pero cómo es posible que haya desaparecido de semejante manera? Su responsabilidad en esta base le impide hacer una cosa así.

—Temo que le haya sucedido algo, Lester

—¿Has llamado a Beetchman?

—No. La verdad es que no he sabido qué hacer.

Lester reflexionó un momento.

—Lo mejor será ponernos al habla con el profesor Carneggie. Quizá él pueda aconsejarnos. ¿Dónde tenéis la emisora?

Grey llevó a Lester hasta la emisora y la puso en marcha.

Interrogado el profesor dijo no saber nada sobre el paradero de Dave.

—¿Qué cree qué debemos hacer, profesor?

—Venga a verme. Ya pensaremos algo entretanto.

—¿Puedes venir?—preguntó Lester cuando hubieron interrumpido la comunicación.

—Sí. Ya había tomado las disposiciones necesarias para semejante caso.

Grey llamó a Donovan y lo confirmó como jefe accidental de la base.

Cuando el cohete emprendió el vuelo, llevando en su interior a los dos amigos, el corazón de Grey sufría el contraste de una mezcla de angustia y esperanza.

Una vez en presencia del profesor Carneggie, ambos se sintieron más aliviados.

—Precisamente acaban de llegar el general Ellington y el jefe de seguridad interior, pues tenemos que discutir la fabricación de unos nuevos materiales. Ahora mismo estarán aquí.

Unos minutos más tarde hacían su entrada en el despacho los dos

hombres.

—¿Qué quiere decir eso de que Dave ha desaparecido?—preguntó el general a las primeras palabras de Grey.

—Hace tres días que no aparece por la base —respondió la muchacha.

—¿Sabe algo de eso, profesor?

—Estas son las primeras noticias que tengo sobre el caso.

—¿Y usted, Beetchman?

—Yo tampoco sé nada, general.

Aquellas palabras sorprendieron de tal modo a Grey que lanzó un pequeño grito.

—¿Qué le sucede?—preguntó el general con afabilidad.

—El señor Beetchman fue el último en ver a Dave—murmuró Grey.

Beetchman revistió sus facciones de una fría condescendencia y respondió:

—¿Pero es qué nadie lo ha visto desde que yo visité la base «Cielo Cubierto»?

—No, que nosotros sepamos—respondió Les- ter.

—¿Estuvo usted allí?—preguntó el general.

—Sí. Quise cerciorarme del buen funcionamiento de las cosas. Por cierto que quedé muy gratamente sorprendido de la eficacia de nuestro joven amigo.

—¿Dónde se despidió de él?—preguntó Grey.

—Me pidió que lo llevara en mi aparato para un viaje de algunas horas. Lo dejé en las proximidades de San Francisco.

—El caso me parece extremadamente grave —intervino Ellington —. El asunto tiene todo el aspecto de un rapto.

—No sé qué pueda haberle pasado a nuestro hombre—suspiró Beetchman—. Ahora mismo daré orden a todas las fuerzas de seguridad para que se lancen en su busca.

Grey contuvo un sollozo a duras penas.

—Tranquilícese, Grey. Verá cómo no tardamos en dar con su paradero. Nosotros estamos tan interesados o más que usted en encontrarlo.

—Quizá fuera conveniente relevar a la señorita Benson del puesto que ocupa en la base

«Cielo Cubierto»—sugirió Beetchman—. Me parece que no se encuentra en disposición de ánimo para asumir tan grave

responsabilidad.

Grey consiguió rehacerse y levantó la cabeza con dignidad.

—Agradecería que me permitiesen continuar en mi puesto.

—Bien, si usted lo desea—admitió Beetchman—, máxime si tenemos en cuenta que no nos sobran los especialistas capaces de encargarse de esa misión. Pero si se viera incapacitada moralmente para dar el rendimiento que se espera de usted, no vacile en llamarme y pedir el relevo.

—Lo haré así si llega el caso—aceptó Grey.

—Ahora mismo daré las órdenes necesarias para que comience la búsqueda. Si usted me permite, general, voy a disponer lo necesario.

—De acuerdo. El profesor y yo lo esperaremos.

Una vez que Beetchman hubo salido del despacho, el general se volvió hacia Grey y Lester.

—Ahora vuelvan a sus puestos y confíen en que todo se arreglará. Les comunicaremos las primeras noticias que tengamos sobre el asunto.

Grey agradeció aquellas palabras y el general los despidió con una sonrisa.

—Es un excelente tipo el «viejo»—comentó

Lester cuando ya iban camino del aeropuerto—. Estoy seguro de que hará cuanto sea posible por dar con el paradero de Dave.

Grey no contestó nada; parecía estar sumida en recónditos pensamientos.

—¿En qué piensas?—preguntó Lester.

—¿No te has dado cuenta de la actitud de Beetchman?

—No sé a qué te refieres.

—Quiso ocultar su entrevista con Dave hasta que yo subrayé ese detalle.

—Caigo en ello ahora que me lo dices—respondió Lester—. ¿Por qué habrá hecho eso?

—Lo mismo me pregunto yo, Lester.

—¡Pero Beetchman está por encima de toda sospecha!

—Ya lo sé, Lester; pero es indudable que alguien no juega limpio en este asunto.

—¿Pero quién es ese alguien?

Grey no contestó a la pregunta.

Lester la miró de soslayo y no quiso insistir pero, a pesar suyo, un solo nombre le venía a la mente: Beetchman.

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VII

C

uando Dave despertó de su profundo letargo se encontró en una habitación por cuyas ventanas entraba a raudales la luz del sol.

Acostumbrado a la rojiza niebla protectora que se extendía sobre todo el territorio de los Estados Unidos, el hecho no podía ser más, insólito.

Estaba acostado en una mullida cama y todo a su alrededor aparecía limpio y ordenado.

Se pasó la mano por el rostro y comprobó con sorpresa que llevaba barba de varios días.

Alguien se movió cerca de él y volvió la cabeza a tiempo de ver cómo un individuo abandonaba la habitación. Pero aun así no estaba solo. Un gigantesco mogol de ojos oblicuos, con un extraño fusil ametrallador en las manos lo contemplaba fijamente.

A la memoria le vinieron las últimas escenas de las que tenía consciencia y recordó el rostro del extraño asiático que caminaba hacia él a través de la niebla azulada.

Quiso incorporarse pero el mogol le apuntó silenciosamente con su arma.

Aquel gesto fue suficiente para darle a entender que se encontraba prisionero.

Unos segundos más tarde entró el guardián que abandonara poco antes la habitación, pero esta vez venía acompañado de un hombre de edad avanzada aunque sus pasos, todavía eran ágiles.

Al principio creyó que se trataría de otro mogol, pero las facciones del nuevo personaje más bien parecían corresponder a la raza india.

—Celebro que comience a recuperar sus facultades—sonrió el extraño personaje, el cual se expresaba en un correctísimo inglés.

—¿Puede decirme dónde estoy?—preguntó Dave.

—Tendré mucho gusto en ello—respondió el hombre—. Se encuentra usted en Urga, capital del gran imperio de Yablonoi Khan.

Eran tan inverosímiles aquellas palabras, que Dave se restregó los ojos creyendo estar soñando.

—¿Se sorprende, verdad?—sonrió el indio.

—¿Urga?—repuso Dave—. ¿Quiere decir Urga de Mongolia?

Su interlocutor asintió con la cabeza.

—Acierta usted plenamente.

—¡Pero eso es imposible! ¡Yo...!

—Nada es imposible para el poder de Yablonoi Khan.

—¿Es usted Yablonoi Khan, al que confunda el diablo?

—No soy más que uno de sus servidores.

—¿Puedo saber qué es lo que se pretende de mí ?

—No tardarás mucho en saberlo—respondió evasivamente el indio—. Vístete.

—No acostumbro a hacerlo en presencia de extraños—dijo Dave, a quien molestaba la insistente mirada de aquel hombre.

—Respeto su parecer, extranjero. Esperaré ahí fuera.

El anciano salió de la habitación, aunque quedaron en su interior los dos hombres armados.

Dave hizo caso omiso de ellos y se puso sus ropas.

Sonaron unos discretos golpes en la puerta y Dave se vio precisado a permitir la entrada.

—¡Pase!—dijo.

De nuevo se introdujo el anciano de suaves maneras hizo una pequeña reverencia.

—Creo que ha llegado el momento de que me presente—-dijo—. Me llamo Booda Simm. Soy profesor en Ciencias Exactas.

—Creo inútil hacer mi presentación—dijo Dave—pues supongo que me conocen.

—Acierta usted, profesor Rodney. Hay en nuestros archivos una larga memoria que se refiere a su persona.

—No sé si envanecerme por tal deferencia o abominar de ello—contestó Dave con absoluta sangre fría.

El profesor Simm hizo un vago gesto con los hombros, con el cual quería indicar que dejaba al completo albedrío de Dave el adoptar una u otra posición.

—Si me permite que sea su humilde guía, le acompañaré al baño que se le ha preparado. Allí podrá adecentar un poco su aspecto, como corresponde a un hombre de la élite intelectual de nuestros enemigos.

Dave estuvo a punto de mandar al demonio a su interlocutor, pero pensó que no le vendría mal un baño y decidió dejarse llevar por los acontecimientos.

Custodiado por los dos guardianes y precedido por el extraño profesor Simm atravesó varias dependencias de lo que había sido hasta entonces su forzosa morada.

Al parecer se trataba de un suntuoso palacio, en el que se manifestaba en todo su esplendor el lujo oriental.

Las paredes y el suelo eran de mármol y tenían hermosas incrustaciones de marfil y jade. Los techos eran altos y abovedados y estaban profusamente decorados, predominando en la decoración los

panes de oro y el lapislázuli.

—¿Son así las casas baratas que se construyen en el Gran Imperio de Yablonoi Khan?—dijo Dave con intencionado sarcasmo.

—Admiro a los hombres que no pierden el humor en ninguna circunstancia—respondió Simm.

—No será que no han hecho ustedes bastantes cosas para amargármelo—respondió nuestro amigo—. Si lo que pretenden es invitarme a una cacería de chacales de las montañas, bien pudieron hacerlo con más delicadeza.

—Aquí tiene su baño—dijo Booda Simm—señalando unas pesadas puertas de caoba. Puedo hacer que venga un peluquero para afeitarlo, si es ése su deseo. De lo contrario podrá hacerlo usted mismo.

—Acepto la segunda proposición—respondió secamente nuestro amigo, al tiempo que se introducía en un maravilloso cuarto de baño.

Media hora más tarde reaparecía completamente cambiado.

—Ahora está mucho mejor—sonrió Booda Simm—. Yablonoi Khan lo recibirá al instante.

Aquellas palabras aceleraron el corazón de nuestro amigo. Si era cierta la sorprendente historia de que se encontraba en el corazón de Asia, cosa que aún no acababa de aceptar Dave, no iba a tardar en saber qué pretendían de él sus enemigos.

Booda Simm iba a llevarlo ante la presencia del fabuloso Yablonoi Khan, un hombre que había conquistado casi todo el mundo en un tiempo record y que, en aquellos instantes, procuraba la destrucción de los Estados Unidos de América, único bastión donde aún resistían los últimos reductos de lo que dio en llamarse civilización Occidental.

Una nutrida guardia abrió paso a la pequeña comitiva, la cual se introdujo en un inmenso salón decorado con la misma o mayor suntuosidad que las otras dependencias que había recorrido Dave.

Sin saber por qué, nuestro amigo esperaba encontrarse con una corte de fábula rodeando a un personaje recubierto de sedas y piedras preciosas, pero se equivocaba completamente.

La relación de Yablonoi Khan con su antepasado Gengis Khan no iba más allá del nombre. Este era un hombre de unos cincuenta años, de fuerte complexión y típica cara mongólica en la que resaltaban unos ojillos crueles y astutos.

Tanto él como los que le rodeaban iban vestidos con uniformes militares, consistentes en unos flexibles trajes de materia plástica de una sola pieza, con las insignias correspondientes, a sus respectivas jerarquías. Todos ellos llevaban lo cabeza rapada y miraban con curiosidad la llegada del extranjero.

Booda Simm llegó ante una gran mesa cubierta de planos e hizo una reverencia.

—Te traigo a nuestro prisionero. Emperador de todos los hombres.

Yablonoi Khan fijó sus ojillos en nuestro amigo y una fina sonrisa apareció en sus labios.

—Di más bien a nuestro huésped—dijo en un inglés bastante pasable.

Luego se dirigió a nuestro amigo y le dijo:

—Acércate.

Dave avanzó unos pasos y quedó frente a frente al mogol, tan sólo separado de él por la amplísima mesa.

—Es una manera muy especial de invitarme a pasar unos días en tu casa, ¿no te parece?—espetó Dave con ironía.

—El fin justifica los medios—rio Yablonoi Khan—. ¿No te sientes orgulloso de haber sido elegido entre los hombres de tu pueblo para convertirte en mi colaborador?

—¡Me gustaría saber cómo vas a conseguir que yo colabore a tus siniestros planes!—respondió Dave sin perder su aplomo.

—Puedo asegurarte que me sobran medios para ello—sonrió Yablonoi Khan—, pero me gustaría que lo hicieses de buen grado. El equipo científico del profesor Booda Simm necesita de hombres como tú.

—Y el infierno está necesitando de hombres como tú—respondió Dave—. Puedo asegurarte que jamás conseguirás que colabore en tus siniestros planes de dominación universal.

Aquellas palabras parecieron molestar al imponente personaje, pero logró dominarse.

—Eres un pretencioso fanfarrón, como todos los de tu raza—repuso—. Pero yo sé que las palabras no tienen ningún valor y son los hechos los que se imponen. ¿Te has parado a reflexionar en que casi todo el mundo acata hoy mis órdenes?

—Ordenes que son obedecidas por el terror que has sembrado pródigamente —respondió Dave.

—Te repito que el fin justifica los medios —sonrió Yablonoi Khan nuevamente—. La Historia de la Humanidad es la historia de la fuerza. Ahora soy yo quien la escribe, porque yo soy el más fuerte.

—Me imagino que todavía no puedes dormir tranquilo, Yablonoi Khan—repuso Dave, acentuando una sonrisa en sus labios—. Mi pueblo aún resiste tu loca pretensión de dominar el mundo.

—Será por poco tiempo—respondió su interlocutor.

—¿Quieres decir que te sobran medios para destruirnos? ¿Por qué no lo haces entonces? Te aseguro que los que componen mi pueblo prefieren mil veces la muerte que ser gobernados por ti.

—La cuestión de sus preferencias es algo que me tiene sin cuidado. Hasta ahora no he sido capaz de destruiros, pero desde ahora cuento con un aliado que me permitirá alcanzar con facilidad la victoria.

—¿Quién es ese aliado?

—Tú—respondió Yablonoi Khan.

Dave no sabía si expresar su sorpresa o su hilaridad ante aquellas palabras.

—Tienes mal ojo para elegir tus colaboradores —dijo finalmente —. Yo no soy tan importante como tú crees y, por otra parte, no pienso mover un solo dedo en favor de tu abominable causa.

—En cuanto el primer punto te demostraré que estás en un error. Uno de nuestros agentes, Clark Beetchman, nos ha informado de cuál es tu cometido entre las fuerzas armadas de tu país.

—¡Beetchman!—exclamó estupefacto Dave.

—Te sorprende, ¿verdad? También él me habló de una manera parecida a como lo has hecho tú cuando le propuse que colaborara con mi causa.

—¡Beetchman no puede ser un agente tuyo! —se resistió Dave.

—¿Has perdido la memoria? ¿Quién fue a llevarte a la emboscada que te habían preparado mis hombres? Haz un esfuerzo para recordar.

Dave se resistía a creerlo pero la evidencia estaba en contra suya. Sólo de aquella manera podía justificarse la actitud del jefe de seguridad interior. No necesitaba esforzarse en recordar pues tenía bien presentes los acontecimientos que le habían llevado a aquella situación.

—De mí no conseguirás nada—articuló finalmente—. Prefiero morir a ponerme de tu parte.

—Te daré algún tiempo para pensarlo—repuso Yablonoi Khan—. Necesito acabar con la conquista de la Tierra para poder lanzarme a la de nuestro sistema planetario. ¡Yablonoi Khan será el conquistador del Universo!

Los ojillos del mogol brillaban con gran intensidad al pronunciar las últimas palabras y Dave vio en ello un ramalazo de locura.

—Hombres como tú los necesito para la conquista de los espacios siderales. Si te pones a mi lado salvarás tu vida y gozarás de grandes privilegios, de lo contrario...

Yablonoi Khan dejó en el aire unos amenazadores puntos suspensivos que no consiguieron amedrentar a nuestro amigo.

—Es inútil cuanto puedas decirme. Te he dicho que jamás colaboraré contigo.

—Lo harás de todos modos—aseguró el mogol—con la sola diferencia de que perderás la vida después de haberme servido.

—Querrás decir antes.

—Tú mismo destruirás la nube electro-magnética que protege a tu pueblo y perecerás con ellos.

Dave no quiso responder, seguro de que aquello era una amenaza sin ningún fundamento. Yablonoi Khan podía matarlo cuando se le antojase, pero no conseguiría jamás que colaborase en sus siniestros planes.

—Ahora puedes retirarte—dijo el mogol.

Booda Simm hizo una nueva reverencia y dio una breve orden a Dave:

—Sígueme.

Dave abandonó el suntuoso salón con la cabeza erguida y una mirada de profundo desprecio hacia todo cuanto le rodeaba.

De una cosa estaba completamente seguro: se haría matar antes que consentir en levantar un solo dedo en favor de aquel hombre, cuyas ansias de dominación le habían llevado a sembrar la muerte y el espanto por todo el mundo.

Una sola cosa le angustiaba seriamente: ¿Cómo había conseguido aquel hombre que Clark Beetchman, uno de los máximos responsables de la defensa de los Estados, Unidos, se convirtiera en un fiel colaborador suyo?

Aquella cuestión le inquietaba por muchos motivos y su mente se devanaba inútilmente en descifrar el enigma.

CAPÍTULO VIII

Booda Simm, con sus maneras suaves, intentó durante varios días convencer a nuestro amigo de que debía colaborar con Yablonoi Khan.

—Nada puede oponerse a su poder. Puedes considerarte afortunado por haber sido elegido para formar parte de nuestro equipo científico.

—Es inútil—respondió Dave—. Jamás conseguiréis eso de mí.

Booda Simm miró al hombre que tenía ante sus ojos y meditó un instante.

—Te mostraré algo que quizá te haga cambiar de parecer. Ven conmigo.

Seguido por Dave salió de la habitación en que se encontraban y los dos juntos caminaron por innumerables pasillos y corredores.

Al llegar al extremo oriental del inmenso palacio, Booda Simm se

detuvo ante una pequeña puerta. Se oyó un suave chasquido y la puerta se abrió, dejando al descubierto el interior de un pequeño ascensor cilíndrico.

—Entra conmigo—dijo Simm brevemente.

La puerta volvió a cerrarse y el ascensor comenzó a descender.

A unos ciento cincuenta metros de profundidad se detuvo y ambos salieron a un gran recinto abovedado.

El panorama contrastaba aquí grandemente con lo que era el palacio en el cual se había movido nuestro amigo hasta aquel momento.

Las paredes eran de un metal bruñido muy parecido al acero y una luz poderosa que no se sabía de dónde provenía, lo iluminaba todo.

Gran cantidad de hombres, pertenecientes a todas las razas que pueblan el continente asiático, pululaban a través de un dédalo de callejuelas, o se afanaban en sus trabajos en los grandes espacios donde se movían complicadas y silenciosas maquinarias.

Una verdadera ciudad subterránea iba desfilando ante los ojos maravillados de Dave, el cual caminaba detrás de Booda Simm.

Este no parecía estar muy interesado en que su acompañante hiciera hincapié en cuantas maravillas salían a su paso. Caminando con paso rápido se dirigía hacia determinado objetivo, saludado respetuosamente por cuantos se le cruzaban en el camino.

Finalmente abrió una puerta e invitó a su acompañante a que pasara al interior.

Una amplia habitación, llena de instrumentos de extraño diseño se ofreció a sus ojos.

Cuatro hombres trabajaban en el interior de la misma y se pusieron respetuosamente en pie en cuanto vieron entrar a Booda.

—Preparad el televisor universal—ordenó en inglés a aquellos hombres.

Inmediatamente, los cuatro hombres comenzaron a manipular los complicados aparatos que tenían a su alrededor.

Una convexa pantalla se iluminó suavemente y Booda en persona apagó la luz de la habitación.

—Ahora vas a ver cuál es el poder de Yablonoi Khan—dijo a nuestro amigo.

Dave miraba con curiosidad a la pantalla, en espera de que aparecieran las primeras imágenes.

Booda Simm dio algunas, órdenes a los hombres de su equipo y en

la pantalla comenzaron a desfilar una serie de fantásticas imágenes.

Primero fue una enorme extensión de terreno, totalmente cubierto por rampas de lanzamiento con los proyectiles-cohete dispuestos para ser lanzados hacia sus objetivos.

Dave quiso hacer un recuento pero le fue imposible. De lo único que estaba seguro era de que se trataba de varios miles de aquellas rampas.

—El mundo entero puede ser destruido con una sola orden que dé yo desde este mismo lugar, ¿te das cuenta?

—Hace seis meses que os estrelláis contra los Estados Unidos—apostilló Dave.

—Pero esa situación no se prolongará por mucho tiempo. Como dijo Yablonoi Khan, tú mismo destruirás, la fábrica generadora de la nube electro-magnética.

Dave no quiso contestar nada, convencido de que no ganaría nada con ello. Cuando llegase el momento de elegir entre colaborar o la muerte ya sabría darle una lección.

—Observa ahora esto—continuó la voz de Booda—. Es una pequeña muestra de nuestro potencial aéreo.

La pantalla de televisión mostraba esta vez miles y miles de aviones modernísimos, al parecer de tipo cohete, alineados en perfecta formación sobre el suelo de varios aeródromos.

—Tampoco han resultado muy eficaces contra nuestras defensas—murmuró Dave.

—Pero lo serán en cuanto desaparezca esa nube.

Durante más de media hora fueron desfilando por la pantalla multitud de imágenes, las cuales daban una muestra impresionante del poderío de que disponía Yablonoi Khan.

Al cabo de este tiempo fue desconectada la pantalla y volvieron a encenderse las luces de la habitación.

—¿Qué me dices ahora?—preguntó Booda a nuestro amigo.

—Te aseguro que no has conseguido impresionarme—respondió Dave.

—No es de hombres inteligentes cerrar los ojos a la evidencia—respondió Booda—. Durante muchos años hemos trabajado en secreto para conseguir este poderío y no pasará mucho tiempo sin que toda la Tierra sea conquistada del uno al otro confín.

—Reconozco que tenéis una gran fuerza, pero os falta defender una causa justa.

Booda miró a su interlocutor y sus ojos reflejaron cierto asombro.

—Eres demasiado ingenuo. ¿Cuándo has visto tú, a través de la Historia de la Humanidad, que sea la justicia la que triunfa? No hay más justicia que la que imponen los vencedores.

—Te equivocas, Booda. La injusticia gana siempre las primeras batallas, pero sus pies son de barro. La última batalla la gana siempre la justicia,

Booda quedó unos segundos en suspenso como si pretendiera digerir las palabras de Dave, luego movió la cabeza a ambos lados como si pretendiera sacudirse una idea perniciosa y tomó de nuevo la palabra.

—¿Dices que no he conseguido impresionarte?

—Así es.

—Sígueme y te prometo que esta vez lo conseguiré plenamente.

De nuevo salieron de la habitación y comenzaron a caminar por aquel mundo subterráneo.

Booda se detuvo debajo de una gran cúpula, donde se veía una fuerte, guardia de hombres armados.

—Vas a ver algo que muy pocos mortales han visto.

Pulsó un botón que había en la pared y un trozo circular del suelo comenzó a elevarse en el aire sin que, al parecer, se sustentase en ningún soporte.

—Se eleva por un efecto electro-magnético —explicó brevemente Booda,

Un gran hueco había quedado al descubierto, en el cual se veía el nacimiento de una escalera perfectamente iluminado.

—Si tienes un corazón valeroso, sígueme —dijo Booda comenzando a descender por aquella escalera..

Aquellas palabras espolearon la curiosidad de Dave, el cual siguió en pos de los pasos del extraño indio.

La escalera era bastante larga y los llevó a una considerable profundidad.

De nuevo comenzó a ver nuestro amigo a multitud de hombres atareados, pero en esta ocasión parecían dedicarse a trabajos de laboratorio.

Un chino de largas barbas, vestido con un «mono» blanco, salió al encuentro de los dos hombres y saludó efusivamente a Booda.

—Ito Kung se siente feliz de verte en sus dominios, Booda.

—Queremos visitar tu parque—respondió el indio.

El chino pareció encantado con aquella proposición.

—Yo mostraré a ti y a tu amigo mi hermosa colección—sonrió el

chino.

—Observo que aquí todo el mundo habla mi lengua—dijo Dave.

—Está usted tratando con la élite del nuevo imperio—sonrió Booda—. El profesor Ito Kung es el primer biólogo de todos los tiempos.

El chino hizo una humilde reverencia e hizo seña a los dos hombres para que lo siguieran.

Abrió una puerta que estaba custodiada por dos soldados y entraron en un gran recinto sumido en la casi total oscuridad.

La puerta se cerró a sus espaldas y Kung encendió una luz que iluminó sólo un trozo de aquel recinto.

Lo primero que vio Dave fue una especie de gran jaula que en vez de barrotes tenía en la parte anterior una pared de materia plástica transparente.

Algo que llenaba casi por completo aquella jaula requirió la atención de nuestro hombre. Cuando pudo fijar su atención no pudo reprimir un grito de sorpresa:

—¡No es posible!—dijo—. ¡Debo estar soñando!

—Puede aproximarse cuanto quiera—dijo Booda—. Lo que ve no es un sueño, sino una de las criaturas en las que el profesor Ito Kung ha rectificado a la Naturaleza.

Lo que causaba tal asombro en Dave era un escarabajo, pero no un escarabajo cualquiera, sino un ejemplar enorme, el cual pesaría más de diez mil kilos.

—¡Resulta increíble!

—Todos los animales de este extraordinario parque zoológico—dijo Kung—viven en estado semiletárgico, de lo contrario, es tal su poder, que no podríamos contenerlos dentro de sus jaulas.

A Dave le costaba dar crédito a sus sentidos.

Sin embargo allí estaba el monstruoso coleóptero, con su armadura reluciente y sus poderosas antenas extendidas. De vez en cuando hacía algún movimiento y sus élitros producían un fuerte ruido al ser frotados entre sí.

A la primera visión siguieron otras no menos fantásticas. Perros, gatos, caballos, pulgas, moscas, mil especies de animales mostraban su fantástica presencia, como si fueran vistas a través de una poderosa lente de aumento.

Dave no salía de su asombro y había enmudecido concentrando toda su atención en la mirada.

—¿Consigo impresionarle ahora?—preguntó Booda con dejo

sarcástico.

—¡Santo Cielo!—fue lo único que pudo replicar nuestro amigo.

Más de dos horas duró la visita al asombroso parque zoológico. Al cabo de este tiempo volvieron sobre sus pasos y ganaron de nuevo el salón del cual habían partido para hacer la fantástica visita.

—¿Comprende ahora por qué no puede nadie oponerse al poderío de Yablonoi Khan?—preguntó Booda.

—¿Cómo ha sido posible hacer semejantes monstruos?—preguntó Dave a su vez.

—El profesor Ito Kung y sus colaboradores dieron con el secreto del cáncer, contra el cual lucha la Humanidad entera desde hace más de mil años. Ello le permite provocar el crecimiento de todas las células de cualquier organismo vivo a voluntad y detenerlo a su capricho.

Aquella revelación era sencillamente anonadante y Dave no le hubiera dado el menor crédito de no haber visto con sus propios ojos las pruebas de ello.

—Y ahora ¿te decides a colaborar con nosotros ?—preguntó Booda.

Dave lo miró rectamente a los ojos y sonrió fríamente.

—Ahora menos, que nunca. Tendría la impresión de estar colaborando con el diablo en persona.

Booda pareció no comprender.

—¿Cómo es posible que seas tan obstinado?

—El mayor y más grave de los experimentos que ha realizado este nuevo y brutal imperio ha sido eliminar la conciencia—respondió Dave—. La Ciencia que Dios ha dado a los hombres sólo puede tener un fin: el Bien y la Perfección. Vosotros la empleáis como fiel servidora de la muerte.

Booda quedó pensativo durante unos minutos. Las palabras de Dave parecían encontrar un cierto eco en su corazón, el cual no acababa de concretarse.

—Tú lo has querido—dijo finalmente—. Comunicaré a Yablonoi Khan tu decisión.

* * *

Al día siguiente fue llamado Dave a presencia del jefe mogol.

—Estoy enterado de que tu decisión de no colaborar con nosotros es firme.

—Puedes estar seguro de ello—respondió Dave con desprecio.

—¿Sabes a lo que te arriesgas?

—Podéis matarme cuando gustéis.

Yablonoi Khan lanzó una carcajada al oír estas palabras.

—Veo que no sabes valorar nuestro talento —dijo—. ¿De qué podrías servirnos muerto? Tengo procedimientos para convertirte en sumiso servidor mío y me obligas a ponerlos en práctica.

Yablonoi Khan hizo una seña a algunos hombres de su guardia y les dio una orden.

—Llevadlo a Booda y decidle que le ordeno que le aplique el corrector de ideas.

Varios hombres se acercaron a Dave con la intención de aprisionarlo.

Nuestro amigo se revolvió furioso contra ellos y sus puños golpearon con fuerza incontenible, a los que primero se pusieron a su alcance.

Prefería morir luchando contra sus secuestradores a verse sometido a las torturas que parecían indicar las palabras de Yablonoi Khan.

Dos hombres rodaron por tierra y un tercero fue despedido de un terrible cabezazo al estómago.

Algunos de los soldados de la guardia aprestaron sus armas, pero la voz de Yablonoi Khan tronó por encima de la barahúnda que Dave había promovido con su aptitud belicosa.

—¡Lo quiero vivo!—ordenó el dictador,

Mayor número de hombres entró en lucha y Dave comenzó a perder terreno en el combate.

Con la furia de la desesperación repartía golpes a diestra y siniestra y sus enemigos lanzaban sordas exclamaciones de dolor.

Pero el número de los adversarios era muy superior y la resistencia física de nuestro amigo se fue debilitando bajo el impacto de los golpes.

Finalmente sintió que le abandonaban las fuerzas y un gigantesco mogol descargó sobre su cabeza un terrible puñetazo que lo abatió en el suelo sin conocimiento.

—¡Lleváoslo!—ordenó Yablonoi Khan secamente.

Dos hombres de la guardia cogieron el inanimado cuerpo de Dave y lo arrastraron hacia el exterior de aquella habitación.

Sobre el suelo iban dejando un rastro de sangre que se escapaba de las múltiples heridas que nuestro héroe había recibido en el desigual combate.

CAPÍTULO IX

Quince días habían transcurrido desde la desaparición de Dave y la angustia de Grey no tenía límite.

Todas las fuerzas de seguridad se habían movilizado para dar con el paradero de nuestro amigo, pero sus pesquisas fueron completamente inútiles.

Por fortuna, y gracias a una oportuna intervención del profesor Carneggie, Lester había sido destinado a la base «Cielo Cubierto», lo cual sirvió de gran consuelo a la hermosa Grey.

Aquel día estaban en el despacho de la mujer y la conversación

recaía, como tantas veces, en el objeto principal de sus preocupaciones.

—Estoy segura de que algo muy grave le ha pasado—decía Grey —. Quizá... ha muerto.

—No debes ser tan pesimista en tus apreciaciones—repuso Lester —. Es más fácil encontrar a un hombre muerto que a uno vivo.

Las palabras de Lester eran bastante lógicas y mitigaron un tanto la preocupación de Grey.

—¿Qué puede haberle sucedido entonces? —preguntó.

—Eso ya es más difícil de predecir—respondió el hombre—. Llevaba muchos meses de un trabajo agotador y quizá ha sido, víctima de un ataque de amnesia.

A Grey no la convenció la explicación de su amigo.

—Es cierto que había trabajado mucho durante los últimos meses, pero su aspecto era bueno.

—Verás cómo aparece por aquí en cualquier momento y nos da una explicación satisfactoria.

—Dios te oiga, Lester. Por mi parte creo...

Grey no pudo continuar la frase. Sus ojos se abrieron desmesuradamente y miraron a un punto que había a espaldas de Lester. Sus labios temblaron ligeramente y pareció imposibilitada de pronunciar la menor palabra.

—¿Qué te sucede?—preguntó Lester alarmado y sorprendido.

—¡Dave! ¡Dave!—pudo articular por fin la muchacha.

Lester se volvió con la velocidad de un rayo y vio avanzar hacia ellos a su amigo.

—¡Muchacho!—gritó en el colmo de su entusiasmo.

Grey había conseguido levantarse y se precipitaba al encuentro del hombre que amaba.

—¡Dave! ¡Querido Dave!—dijo refugiándose en sus brazos.

Pero Dave parecía otro hombre. Su mirada era dura y sus ademanes poco afectuosos.

Lester le estrechó la mano calurosamente y notó que su amigo le devolvía fríamente el apretón.

—¿Dónde has estado? ¿Qué te ha sucedido? —dijo pasando por alto aquel detalle.

—Fui raptado por unos desconocidos—dijo sentándose en un sillón.

—-Cuéntanos tu aventura—pidió Lester.

—No es agradable recordarlo—dijo Dave— Hasta esta mañana no he podido escaparme.

—¿Pero quiénes eran tus raptores?—preguntó Grey.

—Se trataba de hombres de raza amarilla.

Probablemente residentes en el barrio chino de San Francisco.

—¿Han sido hechos prisioneros?—preguntó Lester.

—Me he entrevistado con Beetchman. Ha lanzado a sus hombres tras la pista de mis secuestradores.

—¡No sabes qué angustiosos días he pasado! —exclamó Grey—. ¡Temí haberte perdido para siempre!

La conversación siguió durante unos minutos pero Dave se mostraba frío y reservado, con gran asombro de sus dos amigos.

Al cabo de unos minutos cortó el tema de la conversación.

—No podemos perder el tiempo en palabras inútiles. Hay mucho que hacer y debemos ponernos todos a nuestra tarea.

—¡Pero Dave...!—protestó Lester, el cual observaba el daño que hacía aquella actitud en Grey.

—Sigo siendo el jefe de esta base—cortó Dave—. Beetchman y el general Ellington me han confirmado en mi puesto.

Lester iba a replicar pero una mirada de Grey lo contuvo.

—Dave tiene razón—dijo la muchacha—. La situación es demasiado grave para que podamos permitirnos el lujo de perder el tiempo.

Dichas estas palabras abandonó precipitadamente el despacho para ocultar las lágrimas que brotaban inconteniblemente de sus ojos.

—Creo que has sido poco afectuoso con Grey —reprochó Lester.

—No te preocupes. Ya le pasará.

Lester tragó saliva para no contestar de mala manera.

—Ahora estoy adscrito a esta base. Tú dirás qué es lo que tenemos que hacer—dijo el gigante.

—Recorreremos todas las instalaciones para que pueda cerciorarme de su buen funcionamiento-repuso Dave.

—Cuando tú quieras. Estoy a tus órdenes.

* * *

Los días siguientes fueron de un terrible desencanto para Grey y Lester.

Dave no había depuesto su actitud y se mostraba con terrible frialdad ante sus amigos.

Quien más sufría era la desdichada Grey, la cual sentía su amor propio herido por la inesperada indiferencia del hombre que amaba.

—No cabe duda de que algo le ha trastornado los sentidos—intentaba consolarla Lester—. Seguramente sufrió mucho en manos de sus secuestradores.

—Es otro hombre, Lester—casi gimió Grey—. Jamás hubiera esperado de él una actitud semejante.

—Cuando se reponga, cambiará de nuevo —dijo Lester.

Grey había perdido toda esperanza de que sucediera tal cosa. Parecía como si el corazón de Dave se hubiera secado de pronto, ahogando el dulce sentimiento que tuviera en otros tiempos hacia la muchacha.

—Ten paciencia—aconsejaba Lester—. Consultaremos con el profesor Carneggie y, si es preciso, someteremos a Dave a una cura psiquiátrica.

* * *

Así fueron pasando los días, hasta que al final de la primera semana del regreso de Dave se recibió la inesperada visita de Beetchman.

Los dos hombres se encerraron en el despacho de Dave y conferenciaron durante media hora.

Cuando Lester, Grey y Donovan fueron llamados a presencia de los dos hombres recibieron unas instrucciones totalmente inesperadas.

—Hay que evacuar la fábrica con la mayor rapidez posible—dijo Dave.

—¿Evacuar la fábrica?—exclamó Donovan.

—Eso es lo que he dicho—dijo Dave sin fijar los ojos en su interlocutor.

—¿Qué es lo que sucede?—preguntó Lester.

—Daremos una explicación más tarde—intervino Beetchman—. Ahora es preciso evacuar.

La orden era tajante y no tuvieron más remedio que obedecerla.

Los centenares de obreros que constituían el personal de aquel complejo recinto fueron advertidos de que pusiesen el control automático a las máquinas y evacuasen ordenadamente la ciudad subterránea.

—Vosotros podéis salir en compañía de los demás—ordenó Dave a sus amigos—. Beetchman y yo lo haremos los últimos.

Sin decir una palabra, Grey y Lester abandonaron el despacho.

Al doblar un recodo, Grey se detuvo.

—Tengo miedo, Lester—dijo.

—Esto no me parece nada normal—respondió el hombre.

—No salgamos—suplicó la muchacha.

—¡Pero hemos recibido órdenes de que...!

—Dave no parece encontrarse normal, Lester. Esperemos a que salgan él y Beetchman y nosotros lo haremos más tarde.

Lester vaciló unos segundos pero acabó por decidirse.

—No veo mal en ello. Permaneceremos ocultos aquí hasta que salgan los dos y luego lo haremos nosotros disimuladamente.

En poco más de un cuarto de hora quedó evacuada la fábrica.

Grey y Lester esperaron inútilmente el paso de Dave y el jefe de seguridad interior.

—Sucede algo anormal—murmuró la muchacha.

—¿Qué hacemos?

En aquel instante sucedió una cosa que precipitó los acontecimientos. Se oyó un fuerte chasquido y un sordo rumor invadió el recinto subterráneo.

—¡Mira!—gritó Grey—. ¡Se están cerrando las puertas del túnel!

Lester volvió los ojos hacia el lugar señalado por la muchacha y vio cómo las diez puertas de acero, emergiendo del mismo suelo, ascendían lentamente hasta obstruir por completo la entrada de la fábrica.

—¡Vamos!—dijo Lester arrastrando a la muchacha por el brazo.

Con loca desesperación corrieron hacia el interior de la ciudad subterránea, convencidos de que algo muy grave se estaba tramando.

Casi sin aliento llegaron a la galería que conducía al recinto circular donde se guardaban los mecanismos clave del inmenso complejo.

Una simple ojeada les bastó para percatarse de la situación.

La puerta estaba abierta y Dave acababa de apretar el botón que servía para accionar la entrada del túnel.

Beetchman estaba a su lado y se volvió al oír los pasos de los recién llegados.

En dos saltos se plantó en mitad del pasillo y amenazó con una pistola a Grey y Lester.

—¡Un paso más y disparo!—rugió con brutal energía.

Dave se había detenido frente a la palanca que regulaba la mezcla de las materias que constituían la nube electromagnética y la miraba

fijamente, como hipnotizado.

Lentamente fue levantando la mano.

—¡Dave!—gritó Grey, desesperada.

Beetchman no vaciló un segundo. Dirigió el arma hacia Grey y disparó casi sin apuntar.

Mientras Grey lanzaba un grito de dolor y se desplomaba en el suelo, Lester dio un salto de tigre y cayó sobre Beetchman, no sin que éste le disparara antes dos tiros, cuyas balas penetraron en el gigantesco cuerpo de nuestro amigo.

De un zarpazo le arrebató la pistola y destrozó la cabeza de Beetchman de un furioso culatazo.

Lester quiso continuar hacia Dave, pero le fue imposible. Dio un traspiés y cayó al suelo. No podía apoyar una de sus piernas en el suelo y un agudo dolor le laceraba el costado derecho.

—¡Dave! ¡Dave!—gritó con todas sus fuerzas.

Pero nuestro héroe parecía estar ajeno a cuanto le rodeaba, excepción hecha de la palanca a la que iba aproximando su mano temblorosa.

—¡No lo hagas, Dave! ¡No lo hagas!—gritó Lester.

Intentó arrastrarse hacia su amigo pero las fuerzas le fallaron. Grandes gotas de sudor perlaban su frente de coloso y las cosas comenzaron a esfumarse a su alrededor.

Lester sabía que iba a perder el conocimiento. De pronto recordó que tenía en la mano la pistola con la cual había destrozado el cráneo de Beetchman.

Reunió todas sus fuerzas y apuntó hacia Dave, el cual ya había asido la pequeña palanca que podía conducir a la muerte a toda la población de los Estados Unidos.

—¡Dave!—gritó Lester por última vez y apretó el gatillo.

Dave lanzó un pequeño grito, hundió la barbilla en el pecho y, girando sobre sus talones, se desplomó en tierra.

Un segundo más tarde perdía Lester el conocimiento.

«Fin de la Primera Parte»

INDICE

Págs.

Capítulo I... 5
— II 14
— III 21
IV... 26
— V.. 31
— VI 35
— VII.. 41
— VIII 47
IX..53

J AI M IT O

la publicación infantil más graciosa
e interesante

PUBLICA MENSUALMENTE

SELECCIONES

DE JAIMITO

un extraordinario con
36 PAGINAS

Rebosantes de historietas cómicas, chistes,
aventuras
y pasatiempos, seleccionados para diversión
y recreo
de los lectores.

UNA PUBLICACION CREADA

Para alegrar y divertir

¡QUE HA CONSEGUIDO SU OBJETIVO!
Léala y será de los nuestros

ROBERTO ALCAZAR
Y
PEDRIN

LAS AVENTURAS DE UN DETECTIVE
ESPAÑOL Y SU AYUDANTE
son conocidas por todos los buenos catadores
de aventuras gráficas.

SI USTED... no las conoce

Y GUSTA DE ESTE TIPO DE PUBLICACION

SE LAS RECOMENDAMOS

si no gusta de esta dase de aventuras

con ilustraciones

RECOMIENDELA

al chico que desee

pues se trata de la colección más

EMOCIONANTE Y SINGULAR DE
CUANTAS
SE PUBLICAN EN ESTE GENERO

Creada por

EDITORIAL VALENCIANA

COLECCIÓN LUCHADORES DEL ES

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

1. **—El enigma de los hombres planta,** ***George H. White*****.**
2. **—El azote de la humanidad,** ***George H. White*****.**
3. **—La ruta de Marte,** ***Larry Winters***
4. **—Expedición al Éter,** ***Larry Winters*****.**
5. **—Fugitivos en el Cosmos,** ***Larry Winters*****.**
6. **—Avanzadilla a la Tierra,** ***Larry Winters*****.**
7. **—Amor y muerte en el Sol,** ***Mike Grandson*****.**
8. **—Fymo, nuevo Mundo,** ***Joe Bennett*****.**
9. **—Tierra de enigmas,** ***Joe Bennett*****.**
10. **—Asteroide maldito,** ***Joe Bennett*****.**
11. **—Operación cefeida,** ***Profesor Hasley*****.**
12. **—El Atom S-2,** ***George H. White*****.**
13. **—El coloso en rebeldía,** ***George H. White*****.**
14. **—La bestia capitula,** ***George H. White*****.**
15. **—El Enigma Cósmico,** ***Profesor Hasley*****.**
16. **—Extraño Visitante.** ***George H. White*****.**
17. **—Más allá del Sol,** ***George H. White*****.**
18. **—Los hombres de Alfa,** ***Profesor Hasley*****.**
19. **—Entropía,** ***Profesor Hasley*****.**
20. **—Marte, el enigmático,** ***George H. White*****.**
21. **—¡Atención... Platillos volantes!** ***G. H. White*****.**
22. **—Raza diabólica,** ***George H. White*****.**
23. **—Un astro en el camino,** ***C. Aubrey Rice*****.**
24. **—Intruso sideral,** ***Profesor Hasley.***
25. **—Llegó de lejos,** ***George H. White.***
26. **—Cuando el monstruo ríe,** ***Alf. Regaldie.***
27. **—Heredó un mundo.** ***George H. White.***
28. **—Desterrados en Venus,** ***George H. White.***
29. **—La legión del Espacio.** ***George H. White.***
30. **—Bolas Blancas de Yereblu,** ***C. Aubrey Rice*****.**
31. **—La Ciudad Submarina,** ***Red Arthur.***
32. **—Pánico en los espacios Siderales,** ***Karel Sterling.***
33. —**El mundo sumergido,** ***Profesor Hasley.***
34. **—Base Sakchent núm. 1,** ***Profesor Hasley.***
35. **—Sosias infernales,** ***Karel Sterling.***
36. **—Gan-X, C. Aubrey Rice.**
37. **—«Ellos» están aquí,** ***George H. White*****.**
38. **—El enigma de C.O.E.,** ***Profesor Hasley.***
39. **—La gran amenaza,** ***Profesor Hasley.***
40. **—Los mares vivientes de Venus,** ***Karel Sterling.***
41. **—¡Piedad para la Tierra!,** ***George H. White.***
42. **—Despertar en la tierra,** ***Larry Winters.***
43. **—El mundo perdido,** ***Larry Winters.***
44. **—La sinfonía cósmica,** ***Profesor Hasley.***

1. ——**El hombre de ayer,** ***Profesor Hasley*****.**
2. —**Lance King: Pionero del tiempo,** ***Karel Sterling*****.**
3. —**La muerte flota en el vacío, C.** ***Aubrey Rice.***
4. —**Cuarta dimensión,** ***Profesor Hasley.***
5. —**¡¡Luz sólida!!,** ***George H. White.***
6. —**Hombres de Titanio,** ***George H. White.***
7. —**¡Ha muerto el sol!,** ***George H. White.***
8. —**Exilados de la Tierra,** ***George H. White.***
9. —**El imperio milenario,** ***George H. White.***
10. —**Topo-K, Profesor Hasley.**
11. —**El fin de la «Base Titán»,** ***Profesor Hasley*****.**
12. —**Pasaron de la Luna, C.** ***Aubrey Rice.***
13. —**La amenaza tenebrosa,** ***J. Negri O'hara.***
14. —**El gran fin, J. Negri O'hara.**
15. —**Intriga en el año 2.000,** ***Profesor Hasley.***
16. —**El extraño Profesor Addington,** ***Profesor Hasley***
17. —**Sin noticias de Urano,** ***C. Aubrey Rice.***
18. —**Acción inaudita,** ***C. Aubrey Rice,***
19. —**El horror invisible,** ***Karel Sterling.***
20. —**Más allá de Plutón,** ***Profesor Hasley*****,**
21. —**La revancha de Zamok.** ***Profesor Hasley.***
22. —**Situación desesperada,** ***C. Aubrey Rice.***
23. —**El experimento del Dr. Kellman,** ***J. Negri O'hara.***
24. —**Los habitantes del astro sintético,** ***Eduardo Texeira.***
25. —**Los muertos atacan,** ***Profesor Hasley*****.**
26. —**La última batalla,** ***Profesor Hasley***
27. —**1958: Objetivo Luna,** ***Karel Sterling.***
28. —**La amenaza de Andrómeda,** ***Robin Carol.***
29. —**El silencio de Helión,** ***Robín Carol*****.**
30. —**Ventana al Infinito.** ***J. Negri O'Hara.***
31. —**El Planeta errante.** ***Karel Sterling*****.**
32. —**Regreso a la patria.** ***George H. White*****.**
33. —**Lucha a muerte,** ***George H. H. White*****.**
34. —**Cautivos del Espacio,** ***Joe Bennett*****.**
35. —**Vacío siniestro.** ***Joe Bennett*****.**
36. —**Detrás del Universo.** ***Karel Sterling*****.**
37. —**¡Karima!, Profesor Hasley.**
38. —**Él bosque petrificado.** ***Profesor Hasley*****.**
39. —**Energía Z.** ***Profesor Hasley*****.**
40. —**Fantasmas siderales,** ***Karel Sterling*****.**
41. —**El túnel transatlántico,** ***Profesor Hasley*****.**
42. —**El mundo subterráneo.** ***Profesor Hasley.***
43. —**Entre Marte y Júpiter,** ***Joe Bennett*****.**
44. —**Separación Asteroidal.** ***Joe Bennett*****.**
45. —**Náufragos del Universo,** ***Joe Bennett.***
46. —**La Isla de otro mundo,** ***Eduardo Texeira.***
47. —**El tiempo desintegrado.** ***Karel Sterling*****.**
48. —**El conquistador del mundo,** ***Prof. Hasley.***
49. —**El ejército sin alma.** ***Prof. Hasley*****.**

¿HA IMAGINADO USTED UN EJERCITO AUTOMATIZADO, QUE NO PUEDE MORIR Y QUE AVANZA SIN SABER QUE MATA?

Este es

EL EJERCITO SIN ALMA

que tenía la misión de conquistar al mundo.

¿QUE HARIAN TODOS LOS EJERCITOS AUN CON LOS MAS MODERNOS ARMAMENTOS CONTRA ESTE EJERCITO AUTOMATIZADO?

¡NADA!

porque no mueren, porque

EL EJERCITO SIN ALMA

había sido creado para no ser vencido ni por el hombre ni por sus prodigiosos ingenios.

¿QUE HARIA, PUES, UN PUÑADO DE HOMBRES CONTRA

EL EJERCITO SIN ALMA?

Esta es la incógnita que plantea el

PROFESOR HASLEY

en la próxima novela que publicará la Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA.

*Precio: **6** pesetas.*